EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

LA VIDA COLOR DE ROSA.

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. EMILIO M. ORTIZ.



MADRID.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1872.

LA VIDA

COLOR DE ROSA.

A la simpática actriz

Sta. D.ª Clotilde Perez

testimonio de sincero afecto

de S. S.

Emilio M. Ortiz

LA
VIDA COLOR DE ROSA.

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. EMILIO M. ORTIZ.

Estrenado con éxito extraordinario
en el TEATRO ROMEA de Barcelona la noche del 22 de abril
de 1872.



BARCELONA.
IMPRENTA DE ESPASA HERMANOS Y SALVAT,
CALLE DE ROBADOR, NÚM. 39 Y 41.
1872.

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
VALENTINA.	D.ª VIRGINIA PEREZ.
SRA. ROLDAN	» CATALINA MIRAMBELL.
ENRIQUETA.	» LIBERATA MOLAS.
REGINA, *viuda jóven.* . . .	» ROSALÍA SOLER.
ADELA.	» CLOTILDE PEREZ.
MAURICIO, *conde de la Estrella.* .	D. JOAQUIN GARCÍA PARREÑO.
RICARDO.	» HERMENEGILDO GOULA.
EDUARDO, *capitan*	» CÁRLOS GIRBAL.
LUIS.	» BALDOMERO LLAVERÍA.
ADOLFO	» JUAN PERELLÓ.
SERAFIN	» ENRIQUE BERARD.
UN CRIADO.	» JUAN CARULLA.

La accion en Madrid, casa de la señora Roldan los actos 1.° y 4.°, en la del conde el 2.° y en un parque cerca de Aranjuez el 3.°

Época actual.

AL DISTINGUIDO PRIMER ACTOR

SR. D. JOAQUIN GARCÍA PARREÑO.

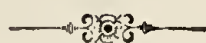
Sin otro propósito que el de ocupar algunos ratos de ocio, me entretuve en arreglar á la escena española el drama *La vida color de rosa* á cuya representacion en el bellísimo idioma del Dante habia asistido en uno de los teatros de Roma. Bondadoso usted por temperamento y por educacion, se dignó leer la obra, la aceptó y la puso en escena bajo su acertada direccion, interpretando de una manera admirable y con un talento poco comun hoy por desgracia en nuestra escena, el difícil papel del escéptico y mordaz conde de la Estrella.

No trato de lisonjearle, amigo mio, porque ni usted ha menester de lisonjas, ni con ellas se mancharán jamás mis labios ni mi pluma; pero tampoco he de arrebatar un quilate á la verdad si bien mortifique en ello su modestia, y la verdad puedo consignarla en dos palabras. ¿Se ha calificado de bueno mi arreglo? ¿Ha agradado al público inteligente que ha asistido á sus diversas representaciones? Pues á usted se debe. Si usted no hubiese puesto en él su mano, si usted tan experimentado en la escena no hubiese dado al drama cuatro toques maestros, otra hubiera sido seguramente la calificacion de la obra. Lo consigno con placer, siquiera sea para huir del escollo de la ingratitud. Y con esto quedo satisfecho, que satisfaccion verdadera produce siempre en corazon noble el pagar deudas. Debia á usted el tributo de mi agradecimiento y le pago del mejor modo que puedo hacerlo, en esta página.

Sabe que es muy suyo y que le aprecia en cuanto vale, su amigo

Emilio M. Ortiz.

ACTO PRIMERO.



Gabinete elegantemente adornado. Puerta al foro y laterales. A la izquierda un sofá é inmediato un piano, sobre el cual se verán papeles de música. En el centro un velador con un quinqué encendido. A la derecha otro velador pequeño con luz y recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

La señora ROLDAN dormida en una butaca. VALENTINA y ADELA sentadas al lado de la mesa: la primera con un libro en la mano; la segunda trabaja al bastidor.

(Esta escena hasta que despierta la señora Roldan debe decirse á media voz.)

ADELA. Parece que no sabeis hablar de otra cosa.

VAL. Es verdad, Adela: para qué he de ocultarlo? Me regocija la idea de pensar que mañana se han de realizar mis más gratas esperanzas.

ADELA. Siento no poder participar de igual gozo.

VAL. No comprendo tus temores, Adela. Oh! mira; mi madre se ha quedado dormida.

ADELA. Es verdad: la culpa es del periódico que tiene en la mano.

VAL. Qué simpático es mi Mauricio! Qué mirada tan expresiva! Ah! no te habia dicho que me ha regalado su retrato: míralo, está muy parecido; es verdad?

ADELA. Así es: aquel aire frio... aquella sonrisa desdeñosa... él es.

VAL. Firmaremos el contrato en este gabinete. Ya me parece ver entrar el señor de Terry, notario de nuestra familia, con su vestido negro, la corbata blanca y su gravedad característica. Mauricio quiere que nos abonemos á un palco en el teatro

Real. *(Acercándose á Adela.)* No sabes? Me permite llevar á nuestra nueva casa todos los objetos de distraccion; mis flores, la música, mis canarios... El verano lo pasaremos en Aranjuez en la quinta de mi madre, si no vamos al extranjero. Tú vendrás siempre conmigo; iremos juntas á repartir las limosnas á los pobres. Los domingos tendremos nuestro sitio distinguido en la iglesia, para la cual Mauricio, que compone tan bien, escribirá algunas piezas de música sagrada, y yo pintaré cuadros; verdad es que no es mucha mi habilidad en el arte de Murillo, pero Dios es bueno y acepta la voluntad. De noche nos pasearemos por nuestros jardines á la clara luz de la luna. Qué feliz voy á ser!

ADELA. En verdad, señorita, no sé cómo se puede ser feliz al lado de un hombre como el señor conde de la Estrella que no cree en Dios ni en el diablo.

VAL. Adela: olvidas que me has prometido no hablarme así del señor conde.

ADELA. Señorita!...

VAL. Déjame: ya estoy de mal humor y la culpa es tuya.

ADELA. Os amo tanto!

VAL. Buen amor! No haces más que hablar de un modo inconveniente de mi prometido.

ADELA. Escuchadme, señorita. Yo no soy más que una pobre aldeana recogida por caridad en vuestra casa: no tengo motivos para conocer á los hombres, pero puedo aseguraros que el señor conde no me es nada simpático.

VAL. Qué causa puede haber para que así le detestes? *(La señora Roldan despierta y atiende.)*

ADELA. A mí no me ha hecho la menor ofensa, pero... no sé qué diga... Su voz me produce el efecto de un puñal clavado en el corazon; aquella sonrisa, aquella eterna sonrisa que no se aparta un momento de sus labios, parece estar diciendo á quien le habla: «Tú me engañas ó quieres engañarme.»

VAL. Adela!

ADELA. Creedme, señorita. Mauricio no es un hombre como los demas: en él hay *algo* que yo no sé definir, y este *algo* es lo que le hace sospechoso y aun temible á mis ojos.

VAL. Oh!

ADELA. Y la prueba de lo que digo es, que nunca le he visto arrodillarse en la iglesia, ni descubrirse al pasar un cortejo fúnebre.

ROLDAN. Adela tiene mucha razon en lo que dice.

VAL. Y ADELA. Ah!

ROLDAN. Adela, hija mia, te ha hablado con la mayor franqueza, pero no te lo ha dicho todo. Mauricio no sólo es completamente escéptico, sino que hace objeto de sus burlas á todo el que cree en alguna cosa.

VAL. Madre mia!

ROLDAN. Yo he estudiado detenidamente su carácter, y en verdad temo por tu porvenir: cuando en su presencia te he prodigado mis caricias, ó te he llamado con aquel dulce nombre que sólo saben pronunciar las madres, le he visto sonreir: si alguna vez nos ha oido compadecernos de cualqüier desgracia, he observado que sonreia por nuestro sentimiento de piedad: siempre la misma sonrisa despreciativa. Ah, hija mia! Mauricio no tiene corazon, ó lo ha dejado secar entre los placeres del mundo. Te lo repito con dolor: tengo miedo por tí; tiemblo por tu porvenir.

VAL. Qué decís, madre mia? Yo amo á Mauricio, y cuando sea mi marido...

ADELA. Acabareis por hacer su voluntad en todo.

ROLDAN. Adela tiene razon. Tu marido querrá hacerte partícipe de su escepticismo: te prohibirá amar á Dios y á tu madre, y por más que al principio resistas, acabarás por complacerle.

VAL. Creeis posible que yo olvide la educacion religiosa que he recibido? Podria yo dejar de amar á mi buena madre?

ROLDAN. Angel mio! Perdóname; pero tengo miedo de que puedas ser desgraciada.

VAL. Desgraciada!... Lo seria si me viese en la necesidad de renunciar al amor de Mauricio. Todo lo que podeis decirme me lo he repetido á mí misma muchas veces: encuentro su conducta extraña; he temblado alguna vez ante su sonrisa, pero siento que le pertenezco; yo no sé explicar lo que pasa por mí cuando me habla, cuando se encuentran nuestras miradas, cuando su mano toca la mia... No sé si es alegría ó dolor... lo que puedo decir, madre mia, es que le amo con todo el corazon.

ADELA. Hé aquí lo que yo digo. Ese extraño poder que ejerce sobre vos, no es natural. Ese hombre si no es el diablo, debe ser su pariente muy cercano. Ah! Creí que era él.

CRIADO. *(Con una caja de carton.)* Acaban de traer esto para la señorita. *(La coloca sobre la mesa.)*

VAL. El regalo de boda! Puedo mirarlo, mamá?

ROLDAN. Haz lo que gustes, Valentina; pero aun estás á

tiempo. Pronto comparecerá aquí el conde, y si...

VAL. Madre mia!

ROLDAN. Te comprendo. *(Enjugándose las lágrimas.)* Esta noche diré al señor conde que la señorita de Roldan está dispuesta á darle su mano.

VAL. Pobre Mauricio! *(Abrazando á su madre.)* No tiene quien le ame sino yo. *(Mira un momento á su madre y despues se acerca á la mesa.)* Mira, Adela: qué ricos encajes! qué bellísimo aderezo! Tócalo, tienes miedo que vengan del infierno?

ADELA. No os chanceeis, señorita.

VAL. Un estuche. Oh, qué magníficos diamantes! Mauricio no se ha olvidado de nada.

ADELA. Perdonad, señorita, pero se ha olvidado...

VAL. De qué?

ADELA. De un devocionario.

VAL. Loca! *(Coloca los objetos en la caja.)* Poco á poco yo le enseñaré á creer y á rezar.

ESCENA II.

Dichos, RICARDO.

RICARD. Señorita, señora... *(Saludando.)*

ROLDAN. Bien venido. *(Vase Adela.)*

RICARD. Mil gracias.

VAL. (Un amigo de Mauricio, así seremos dos para defenderle.) Tomad asiento.

RICARD. Gracias. Mauricio no ha venido aun?

VAL. Ha prometido estar aquí á las diez.

RICARD. Justo. Hoy es miércoles: habrá comido en casa de la duquesa de Miraflor, y seguramente mejor que yo.

VAL. Es hermosa la duquesa?

RICARD. No, señorita: y ademas tiene cuarenta y dos años; pero puede ser útil al amigo Mauricio que se ha dedicado á la diplomacia.

ROLDAN. Lo ignoraba.

RICARD. Sí: él llegará á ser embajador; es su sueño dorado. Dias pasados me decia: «La diplomacia es la cosa más deleitable del mundo. Con dificultad pudiera encontrarse otra carrera que ofreciese más repetidas ocasiones de poderse burlar de la pobre humanidad.» Es ingenioso, no es cierto? Creo que llegará á ser el Bismark español.

VAL. Y yo que creia que era tan amante de las bellas artes!

RICARD. Teneis razon, señorita. Antes era entusiasta por

la música... pero un dia... hará cosa de tres años, entró en su casa cual otro Orlando furioso, é hizo pedazos su lira, quiero decir, su piano, condenando al fuego todos sus papeles de música. No he sabido nunca la razon de aquel repentino cambio de conducta; pero él siempre artista, en ocasiones dadas sabe presentarse tan bien como un hábil diplomático, y á esto ha debido la sincera amistad de la duquesa de Miraflor, protectora decidida de las artes y de las bellas letras. En aquella amable reunion se discute desde la mañana hasta la noche y se disfruta sobre todo de espléndidos banquetes, segun dicen, porque yo ni aun siquiera sé el color de los salones de la opulenta duquesa.

ROLDAN. Vos, señor Liebert, no sois ambicioso.

RICARD. Si jurase que no lo soy en absoluto, faltaria á la verdad; pero mi ambicion se funda sólo en llegar á poseer una esposa buena, discreta y hermosa como vuestra Valentina.

VAL. Gracias por la lisonja. Pronto ó tarde llegareis á convertir en realidad vuestras esperanzas.

RICARD. Así lo creo al ménos.

VAL. Teneis ya hecha eleccion?

RICARD. Estoy ciegamente enamorado.

VAL. No será indiscrecion preguntaros el nombre de vuestra amada?

RICARD. Por qué he de hacer de ello un misterio? El objeto de mi amor es la señorita Enriqueta.

ROLDAN. La hermana de Mauricio?

RICARD. La misma.

ROLDAN. Ciertamente la hareis feliz. Estoy segura de ello.

RICARD. Tambien lo estoy yo.

ROLDAN. (*A media voz.*) Haga el cielo que tambien el señor conde!

VAL. Madre mia!...

RICARD. Qué es eso?

ROLDAN. Nada.

RICARD. (*Bajo á Valentina.*) Qué tiene la mamá? Parece inquieta, melancólica.

VAL. Teneis razon. Duda de Mauricio y tiembla pensando que deberá ser mi marido.

RICARD. Será cierto?

VAL. Ricardo, vos que sois amigo de Mauricio, le conocereis á fondo...

RICARD. Sí le conozco!

VAL. Pues bien; decid á mi madre todo lo que sepais de él; tal vez vuestras palabras calmarán su inquietud.

RICARD. No deseo otra cosa. Diré en primer lugar, que es

amable, elegante, un completo caballero, que maneja las armas á las mil maravillas, y que no hay ginete que le iguale.

ROLDAN. Eso ya lo sabíamos: si no podeis darnos otras noticias...

RICARD. Ahora añadiré, que es rico como un Creso, que tiene una magnífica y bien surtida bodega, que es propietario de un suntuoso palacio con bellísimos jardines... (*Valentina y Roldan muestran impaciencia.*) (Pues señor, tampoco es esto.)

ROLDAN. No sabeis más?

RICARD. Sí: sé, por ejemplo, que es valiente, que de sus labios se oyen á cada instante ciertas sentencias... El otro dia, por ejemplo, paseábamos juntos cuando acertó á pasar un cortejo fúnebre; yo me descubrí, pero él volvió la espalda y me dijo sonriendo: «Conoces al que va en el ataud?» Yo le pregunté: Por qué? — Como le has saludado, me contestó... — Tiene gracia!... (*Riendo.*) Verdad, señora?

VAL. (Necio!)

RICARD. He expuesto todas sus cualidades. (No envidio ninguna.) Si no me expliqué al principio con mayor claridad, es porque soy algo profano en definir el corazon del hombre. Qué quereis! He estudiado poquísimo los filósofos y los zoólogos, y me preocupo bien poco de cómo piensan mis semejantes. Si una jóven me saluda la correspondo, sin temer el trágico fin de Holofernes; si un amigo me extiende la mano ó me abraza, le dejo obrar, sin parar mientes en los conjurados que abrazaron á Julio César ántes de asesinarlo. Los filósofos pintan la sociedad con los más negros colores y yo la encuentro llena de atractivos y... (*Suena la campanilla.*) (Gracias al cielo; de otro modo, no sé dónde iba á parar con mi elocuencia.)

ESCENA III.

Dichos, REGINA.

REGINA. (*Elegantemente vestida.*) Amiga mia!

VAL. Buenas noches, Regina.

REGINA. Celebro infinito veros tan buena, señora Roldan... Saludo al señor Liebert.

VAL. A qué debemos la dicha?...

REGINA. Yo no podia faltar á la fiesta.

VAL. Una fiesta?

REGINA. Sí: vuestro casamiento, la *soirée*... el baile, en suma...

RICARD. Un baile aquí! Ja, ja, ja!

REGINA. No me habeis mandado una invitacion para esta noche?

ROLDAN. No sé de qué hablais.

VAL. No... os lo juro. *(Sonriendo.)*

REGINA. Me habré equivocado! Recibo tantas, que las confundo, y de algun tiempo á esta parte estoy tan distraida, que... esperad. Creo recordar ahora: estoy invitada en la calle del Cármen ó Carretas, no; á la calle del Pez; lo habia olvidado: pero tanto mejor; aquí estoy y aquí permanezco. Ya se divertirán sin mí. *(Se sienta.)* Pasaremos la velada entretenida. El señor Liebert dormirá y entre tanto hablaremos nosotras, nos divertiremos contando cualquier historia. Ay, querida Valentina! qué cosa tan aburrida es ser viuda!

RICARD. Volveos á casar.

REGINA. Entónces el remedio seria peor que la enfermedad. Qué digo! Si me oyera el señor conde de la Estrella... verdad que esto no habla con vos, que no sois viuda. He visto á vuestro futuro hace ocho dias en un baile: el señor conde es amable; no baila, pero habla de un modo que hace temblar: explica unas teorías tan espantosas...

RICARD. (No faltaba más que este apoyo.)

REGINA. Con una sonrisa echa por tierra la reputacion más bien sentada; con una palabra siembra el mal humor donde ántes reinaba la alegría. *(Ricardo le hace señas para que calle.)* Qué teneis? Os molesta que haga el elogio del señor conde? No podré decir que le creo un sér sobrenatural? Pero en tanto que ame á su esposa, es dueño de odiar á la sociedad, esto es una garantía. Mi marido no era un sér sobrenatural; adoraba al género humano, al ménos una mitad. Qué teneis, señora? Parece que estais melancólica.

ROLDAN. Qué deciais? *(Saliendo de su distraccion.)*

REGINA. Nada, nada. *(Á Valentina que se levanta.)* Vuestra madre sufre, no es verdad? Pobre señora! No puede hacerse superior á la idea de separarse de su hija! *(Valentina le indica que calle y se acerca á su madre.)* La víspera de su matrimonio! *(Ricardo hace lo mismo.)* A propósito, señor Liebert; por qué me haciais poco há signos telegráficos?

RICARD. *(Bajo á Regina.)* Que no os oigan: la señora Roldan tiene miedo de Mauricio.

REGINA. (*Lo mismo.*) Sea dicho entre nosotros, no deja de tener razon.

RICARD. Cómo!

REGINA. Me parece cosa natural que un hombre de la edad del señor conde sea algo misántropo, algo escéptico; pero no tanto: si no cree en nada aquel diablo de hombre! Cuando quedé viuda, no creia en mi dolor, y me dirigia sátiras repugnantes. Yo encuentro sepulcral á aquel hombre.

RICARD. Es ingenioso, nada más: esto es todo.

REGINA. Si no fuese más que eso, pero se habla vagamente de una historieta sentimental... de una pasion... de una traicion de que fue víctima nuestro amigo, y ya comprendereis que semejantes recuerdos suelen ser peligrosos.

RICARD. Sabeis el nombre de la traidora?

REGINA. Ignoro el nombre de la infiel heroína... soy un poco distraida, pero sé dónde se representó aquella escena. Hasta me han cantado una romanza popular que le habia enseñado Mauricio.

VAL. Sí, madre mia, yo soy feliz, muy feliz.

CRIADO. (*Anunciando.*) La señorita Enriqueta de Raolí.

ESCENA IV.

Dichos, ENRIQUETA.

VAL. Querida Enriqueta. (*La conduce á su madre.*)

RICARD. Señorita! (Qué bella es!) (*A Regina.*)

REGINA. Bellísima, y vos la amais.

RICARD. Quién os lo ha dicho?

REGINA. Lo he adivinado.

RICARD. Os recomiendo el secreto.

REGINA. Soy la discrecion personificada.

ENRIQ. No he tenido paciencia para esperar que mi hermano me trajese y me he hecho acompañar por un criado. Estais disgustada?...

ROLDAN. (*Besándola.*) De ningun modo.

REGINA. Qué haceis, señor Liebert? (*Acercándose al piano.*)

RICARD. Nada.

REGINA. Escribís versos?

RICARD. Por qué?

REGINA. Por no estar ocioso.

VAL. Madre mia, vos podeis terminar las esquelas de invitacion; yo voy á hablar con Enriqueta, y si los informes no son como deseo, no se expedirán. (*Acerca el velador á la señora de Roldan y se sienta con Enriqueta cerca del piano, de suerte que Regina*

pueda escuchar lo que dicen miéntras repasa los papeles de música. Ricardo en la mesa del medio escribe.) Hablemos un poco entre nosotras, querida cuñada, si es que me permitís daros este título.

ENRIQ. Pues no lo seremos dentro de poco?

REGINA. Y bien, señor Liebert; no os inspirais?

RICARD. En vano llamo á las musas, que se muestran indiferentes á mi imaginacion.

ENRIQ. Sí, Valentina; Mauricio es algo escéptico, algo frio... pero no desesperemos.

VAL. Decidme, Enriqueta: os ama mucho?

ENRIQ. Así lo creo: aunque no he podido apreciar su cariño fraternal, porque desde la muerte de nuestra querida madre no nos hemos visto mucho, sobre todo de dos años á esta parte.

VAL. Estaba léjos de vos?

ENRIQ. Viajaba.

REGINA. No puedo recordar el motivo de aquella romanza.

ENRIQ. Mauricio ha visitado á Italia, España, todo el Occidente de los Estados-Unidos... Tambien ha estado en Grecia y ha admirado la cordillera del Pindo.

VAL. Es verdad! Pero...

ENRIQ. Ha estado en la China; ha dormido en Pekin; de allí me trajo un abanico que tendré el gusto de regalaros...

VAL. Pero creeis que me amará?

ENRIQ. Mauricio? Oh! Estoy segura!

VAL. Luego me aconsejais que me case con él?...

ENRIQ. Sí, Valentina; temo que si os perdiese se moriria.

VAL. De véras?

ENRIQ. Porque, en confianza: aquel viaje al rededor del globo...

VAL. Qué?

ENRIQ. Creo que fue un medio de consolarse...

REGINA. (Ah!) Hola!

ENRIQ. Mauricio debe haber sufrido mucho.

VAL. Por qué?

ENRIQ. Lo ignoro, pero un dia le sorprendí llorando.

VAL. Debiais haberle preguntado la razon.

ENRIQ. Así lo hice.

VAL. Y qué os respondió?

ENRIQ. Cambió de repente y me respondió que lloraba pensando en la desventura de los compañeros de Ulíses: pero estoy cierta que me engañaba.

VAL. Y yo tambien.

REGINA. (Aquel viaje... aquellas lágrimas... serian quizás!... Qué recuerdo!)

RICARD. *(Dejando la pluma.)* Nada.

REGINA. Qué es eso?
RICARD. No tengo hoy inspiracion ni para escribir un verso.
ROLDAN. Y bien, Valentina?
VAL. Podeis dirigir las cartas á su destino, porque yo le amo cada vez más.
(La señora Roldan toca un timbre. Entra un criado y le entrega las cartas.)
ADELA. *(Entrando.)* El coche del señor conde se ha parado á la puerta.
VAL. Aquí está ya mi Mauricio!
REGINA. (Oh! yo procuraré descubrir...)
CRIADO. El señor conde de la Estrella. *(Anunciando.)*

ESCENA V.

Dichos, MAURICIO.

(Mauricio saluda á Regina, da la mano á Ricardo y á su hermana, se inclina delante de la señora Roldan y ofrece un ramillete de flores á Valentina.)
VAL. Oh qué flores tan bellas! Por ellas os perdono lo mucho que os habeis hecho esperar.
MAUR. No ha sido culpa mia, os lo juro; he estado entretenido por un accidente... previsto.
ROLDAN. Previsto! Cómo?
MAUR. Mi coche ha atropellado á un hombre en la Red de San Luis.
VAL. Ay Dios mio! Y está herido?
MAUR. No; ya está acostumbrado á estos accidentes.
RICARD. *(Riendo.)* Qué ocurrencia! Acostumbrado!
MAUR. Hablo formalmente. Es la cuarta vez que aquel hombre se arroja á los piés de mis caballos. Ellos le conocen ya, y no lo magullan. Así tengo temor de que sea ya valor entendido con él.
RICARD. Y tú crees que aquel hombre lo haga á propósito? Mas á qué fin?
MAUR. Al de que cada vez le regalo cuatro ó cinco duros: es un nuevo ramo de especulacion: creo que no gane tanto un agente de negocios. Es verdad que aquí hay más exposicion. *(Ricardo rie.)*
REGINA. Señor conde, nada me habeis dicho todavía de vuestra gran comida. Habia mucha concurrencia en casa de la duquesa de Miraflor?
MAUR. Allí se come siempre bien: por lo tanto no falta nunca concurrencia.
REGINA. Y cómo habeis empleado la velada?
MAUR. Comiendo y hablando de todo: se empezó por murmurar grandemente de los amigos ausentes,

y terminamos por tributar elogios á los presentes, muchos de los cuales merecian estar en presidio. Estas son siempre las conversaciones de la alta sociedad.:. y el palacio de la duquesa no está exceptuado de la regla general.

VAL. Y por qué hablais mal de vuestros amigos?

MAUR. Es muy sencillo: para no estar en deuda con ellos.

ROLDAN. Segun eso, señor conde, no habeis encontrado nunca un amigo verdadero?

MAUR. Sí, alguna vez, en... los cuentos de las *Mil y una noches.* (*Roldan vuelve la espalda.*) Quién cree en la amistad!

REGINA. (*Para cortar la conversacion.*) A propósito, señor conde: y vuestra mision diplomática?

MAUR. Bien, señora de Ernestal. No hay sino otros dos pretendientes, hácia los cuales la duquesa está muy obligada.

VAL. En ese caso les protegerá.

MAUR. Qué decís! Proteger á las personas de quienes se ha recibido beneficios, no está en moda. Yo, por ejemplo, he prestado servicios á muchos que jamás he vuelto á ver. Es un medio excelente para desembarazarse de las personas que más nos disgustan: por esto llevo siempre en el bolsillo un billete de dos mil reales á disposicion de aquellos á quienes aborrezco.

RICARD. Idea original!

VAL. Mauricio! (*Sintiendo que hable así.*)

ENRIQ. No hagais caso, Valentina; mi hermano habla así por hacer gala de despreocupado, pero en el fondo no tiene corazon para ver llorar á un niño.

REGINA. Conmueven tanto las lágrimas de los niños!...

MAUR. Quereis que os diga por qué lloran los pequeñuelos?

REGINA. Veamos.

MAUR. Para desembarazarse pronto de su propia sensibilidad cuando son niños, y poder ser egoistas cuando llegan á hombres. (*Todos rien ménos Valentina y su madre.*)

ENRIQ. Ved que es un medio que ha adoptado para que nos enfademos.

VAL. Así lo creo.

MAUR. Creedlo así; será mejor para vosotros. (*Sonriendo.*)

VAL. Mirad, ahora sonrie; nunca es posible saber lo que pensais.

MAUR. Como estoy destinado á la diplomacia, es menester... (*A Regina.*) No es verdad, señora?

REGINA. Oh! Yo no puedo ser de vuestro parecer... razonais de un modo... os reís de todo, y cuando creo hablar con una persona que comprenda los sentimientos...

(*Mauricio rie con fuerza.*) Bien!... Ahora os burlais de lo que os digo. No tengo necesidad de vuestras paradojas á grande orquesta; necesito una música ménos sublime. Hablaré con Ricardo. (*Adela y un criado entran con un servicio de té que colocan sobre el velador del centro. Valentina, Enriqueta, Ricardo y Regina se agrupan al rededor. Vanse Adela y el criado.*)

ROLDAN. Señor conde, una palabra.

MAUR. Estoy á vuestras órdenes.

ROLDAN. Tengo muchas cosas que deciros. (*Mauricio se inclina.*) Prometedme no reiros por lo que os diga. Soy madre y debeis perdonarme, Mauricio. Amais á mi hija?

MAUR. Cuanto es posible amar! Es tan bella! tan buena!...

VAL. Qué dice? (*Acercándose.*)

ROLDAN. Nada. Se habla de un asunto que no te interesa.

VAL. Perdonad. (*Vuelve á la mesa.*)

ROLDAN. Debo haceros una confesion: Yo he combatido por mucho tiempo la afeccion de mi hija por vos: tenia miedo por Valentina.

MAUR. Y ahora?

ROLDAN. No estoy del todo asegurada.

MAUR. No sé en verdad el motivo de vuestros temores.

ROLDAN. Escuchad, señor conde; la señora de Ernestal tiene razon. Vos no sois un hombre como los demas.

REGINA. Le falta azúcar. (*En la mesa, por el té, á Ricardo.*)

ROLDAN. Sois un sér sobrenatural y esta superioridad es la que me infunde temor. Valentina es sencilla: es feliz en sus ilusiones, y moriria el dia en que se apercibiese que las habia perdido. Vos sois un poco escéptico. Pues bien, si alguna vez hablándoos de sus creencias quisiera asomar la risa á vuestros labios, escondedla. Que vuestro corazon imponga silencio á vuestra boca. Vos lo sabeis; todo lo que se siente, no puede, no debe decirse.

MAUR. Segun vuestra teoría habrá que usar de la mentira.

ROLDAN. Señor conde, no me habeis comprendido, ó no habeis querido comprenderme.

MAUR. Calmaos, señora, yo me he jurado á mí mismo dar un adios á mi vida de libertad..

ROLDAN. Enhorabuena.

ADELA. (*A Regina.*) Sí, señora; yo entro al servicio del señor conde.

RICARD. (*A Enriqueta.*) Cuánto os amo!

ROLDAN. Ahora pasemos al capítulo de las condiciones.

MAUR. Os escucho.

ROLDAN. Lo primero, permitireis á vuestra esposa venir cada verano á pasar un mes en la quinta de su madre.

MAUR. Concedido. (*Mauricio se inclina.*)
ROLDAN. Gracias... Debo tambien deciros que mi hija tiene sus pobres y que todas las semanas...
MAUR. Concedido de todo corazon. No me opongo á que ejerza la caridad. Artículo tercero?
ROLDAN. Quisiera que me prometierais no vender nunca mi posesion de Aranjuez, porque en ella murió mi madre y este es para mí un recuerdo sagrado.
MAUR. (*Conmovido y dándole la mano.*) Oh, señora! os lo prometo.
ROLDAN. Os doy las gracias.
VAL. Quereis una taza de té, Mauricio? (*La toma de manos de Valentina.*)
MAUR. Gracias, mi hermosa prometida.
ENRIQ. (*A Ricardo.*) Yo no puedo disponer de mí sin el consentimiento de mi hermano.
RICARD. Ahora soy el más feliz de los hombres. (*Enriqueta viendo venir á su hermano, se aleja de Ricardo: este se encuentra cara á cara con Mauricio que lleva en la mano la taza de té.*)
MAUR. Gracias: ya he bebido... Habeis llegado tarde, ja, ja!... (*Mauricio se rie de él y se retira al fondo.*)
RICARD. Rie... buena señal. No he perdido el tiempo.
VAL. Y bien, mamá?
ROLDAN. Valentina, Mauricio no tiene corazon.
VAL. Qué decis, madre mia?
ROLDAN. Te repito por última vez, que el conde de la Estrella te hará pasar una vida desgraciada.
VAL. Madre mia! por qué?...
ROLDAN. Es un presentimiento, y las madres no nos engañamos nunca.
VAL. Dios mio!
MAUR. (*A Ricardo que le presenta un album.*) No puedo complacerte.
RICARD. Es para un jóven amigo que hace una coleccion de autógrafos... una sola palabra...
MAUR. Te digo que no: no puedo sufrir estas impertinencias: un album es casi siempre una suscricion de personas dignas en favor de un imbécil.
RICARD. No cree ni en los albums.
ROLDAN. Señor conde, una última peticion.
MAUR. Señora...
ROLDAN. Yo no os comprendo. Si no creeis en nada, para qué os casais?
MAUR. Señora de Roldan: cuando Dios arrojó al hombre del paraíso terrenal, le dejó al ménos la esperanza de volver á entrar.
ROLDAN. Y bien?
MAUR. Y bien, señora; Valentina es mi esperanza... ella

será el ángel bueno que me abrirá de nuevo el paraíso... si lo hay...

ROLDAN. Ah!

REGINA. (*Ojeando la música y mirando á Mauricio.*) (Y quién puede comprender á este hombre? Tan pronto rie, como está dispuesto á llorar... (*Fijándose en uno de los papeles.*) Hé aquí lo que va á satisfacer mi curiosidad... Qué combinaciones se dan en este mundo! Esta es la romanza que yo habia olvidado. Mauricio la habrá regalado á Valentina. Es menester que yo me asegure.)

ENRIQ. Llorais? y yo que estaba tan contenta...

VAL. Si supieseis... (*Viendo á Regina que se acerca.*) Silencio.

REGINA. Si no fuese tan tarde, podríamos cantar alguna cosa... (*Mirando á Mauricio.*) Esta romanza. No la conozco, pero debe ser bellísima. (*Lee.*)

«A veces lanzo al porvenir mis ojos
Y una imágen de amores en él veo...»

MAUR. (Estos versos!)

ROLDAN. Qué es eso?

REGINA. Estoy leyendo una romanza que he encontrado sobre el piano.

«Dime, niña, te acuerdas de aquel dia
En que los dos las olas recorriendo
En pequeño bajel, todo cantaba
La dicha y el placer del amor nuestro?
La luna, el mar...»

MAUR. (*Bajo á Regina.*) Basta, señora; os lo ruego.

REGINA. (No me habia engañado. Mi deber es prevenirla.)

VAL. (*A Mauricio.*) Esas lágrimas... (*Ve á Enriqueta que llora.*) Vos tambien... (*Durante esta escena la señora Roldan ha examinado detenidamente á Mauricio.*)

ENRIQ. Es que esta romanza la cantaba con frecuencia nuestra madre.

ROLDAN. (*Con alegría.*) Ah!

MAUR. Sí... nuestra madre. (Y tambien Julia!) (*Procurando ocultar las lágrimas que saltan de sus ojos.*)

VAL. (*A su madre.*) Veis como tiene corazon, madre mia? veis sus lágrimas...

ROLDAN. Sí, Valentina...

VAL. Por eso le amo.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.



Sala suntuosa en casa del conde Mauricio. Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

MAURICIO, RICARDO, ADOLFO, LUIS, EDUARDO y SERAFIN.

SERAF. La comida ha estado deliciosa.

ADOLFO. Ya lo creo, como que estais todos embriagados.

LUIS. Embriagados! Por mi parte puedo decir que no me habeis dejado beber.

ADOLFO. Y qué provecho te hubiera hecho el abusar de la bebida?

LUIS. (*Aparte á Mauricio.*) Este pedagogo de Adolfo, en no siendo comer todo le disgusta, y por eso quiere impedir que los demas se diviertan y rian.

RICARD. Y, dime, Mauricio, cuándo vuelve tu esposa?

MAUR. Mañana... pasado mañana... uno de estos dias.

RICARD. Vendrá con ella la señora Roldan?

MAUR. Precisamente: es una de las cláusulas de nuestro contrato matrimonial.

RICARD. Y está incluida entre ellas esa especie de indiferencia con que hablas de tu mujer? Llevas quince meses de matrimonio y me parece que con tu conducta llegarás á ser un marido modelo y un yerno envidiado por todas las suegras.—Y vos, capitan, pensais volver al servicio?

EDUARD. Por ahora no tengo tal intencion.

RICARD. Dejais la carrera á lo mejor! A los veinte y cuatro años, capitan y condecorado con la cruz de San Fernando! Teniais ante vos un brillante porvenir!

EDUARD. He cedido á la fuerza de las circunstancias. Habiendo muerto mi padre, tengo sagrados deberes que cumplir cerca de mi familia,

ADOLFO. Tal vez, señor don Eduardo, me tratareis de indiscreto, pero creo que la vida del campamento os ha hecho algo melancólico.

EDUARD. La vida del campamento? Oh! no; ántes de la desgracia que he sufrido, era ya el oficial ménos alegre de todo mi regimiento.

LUIS. Comprendo. Vuestra habitual tristeza debe reconocer por causa aquel amor contrariado...

ADOLFO. De véras?... Hay amor contrariado?... cuéntanos algo de esa aventura! — Escuchad, señor capitan; yo me constituyo intérprete de los sentimientos de todos nuestros amigos... Vos llegasteis ayer á Madrid y por insistencia de Luis os dignasteis asistir al banquete con que nos ha obsequiado nuestro buen amigo el conde Mauricio, lo que nos ha sido de mucha complacencia.

RICARD. Os habeis mostrado un alegre convidado: hace pocas horas que estais en nuestra compañía y os amamos como si nos conociésemos ya desde...

MAUR. Desde hace cinco minutos. *(Riendo.)*

RICARD. Mauricio!... Ea, confiadnos una parte de vuestra pena, manifestadnos como á buenos amigos la causa de vuestra tristeza.

EDUARD. Es una sencilla historia sin ninguna importancia, y creo que no es ocasion ni lugar para contarla. Ademas ya ha trascurrido mucho tiempo y la herida está cicatrizada. Por otra parte yo no acostumbro á pronunciar el nombre de una señora despues de terminado un banquete.

ADOLFO. Aprobado.

LUIS. Oís al puritano de Adolfo?

ADOLFO. Puritano? No lo soy; pero guardo siempre respeto á las afecciones del corazon.

LUIS. El capitan no nos creerá capaces de guardar un secreto.

EDUARD. Vosotros comprendeis muy bien que es un acto de prudencia el no hablar de la mujer que fué nuestro ídolo de un dia, pues que á veces puede acarrear disgustos.

MAUR. *(Riendo.)* Está todo dicho!

EDUARD. Señores, se trata de una casada.

MAUR. *(Como ántes.)* Razon de más para creerlo.

EDUARD. *(Incómodo.)* Vos mejor que otro debeis saber que se debe ser muy cauto ántes de pronunciar el nombre de una mujer que es esposa de otro.

MAUR. Por espíritu de corporacion? Amigo mio, hay excepciones en esa regla; pero sé que, generalmente hablando, la mujer toma marido como si

tomase un pasaporte para viajar más libremente por el país de la fantasía y de los caprichos.

EDUARD. Cuando se trata de cierta clase de mujeres, pero no de señoras de honor.

MAUR. Ja, ja, ja!... Vosotros no considerais nunca mujer perdida á aquella que habeis tenido la fortuna de encontrar!

EDUARD. Repito que la mujer que yo amé, no ha dado jamás motivo para que se dude de su virtud, y estoy cierto que así lo creeriais si supieseis de quién se trata.

MAUR. Entónces decidnos su nombre...

EDUARD. Cambiemos de conversacion; os lo suplico.

MAUR. No os atreveis á pronunciarlo! Alguna hada! (*Burlándose.*)

TODOS. (*Ménos Ricardo y Adolfo.*) No se atreve.

EDUARD. Os engañais: por última vez os digo que esa señora tiene derecho al respeto de todos, y yo estaré pronto á defenderla contra todos y contra vos mismo.

MAUR. Pero en fin, quién es esta Penélope?

EDUARD. Es vuestra mujer.

MAUR. Mi mujer?

TODOS. Ja, ja, ja!

LUIS. Yo ya lo sabia...

MAUR. (*Friamente.*) Decididamente es menester convenir en que todos estamos ébrios. Es una chanza? eso no es posible...

EDUARD. Es una verdad; yo he amado á la señorita Valentina de Roldan: señores, vosotros sois testigos de que el conde ha sido la causa de cuanto ha sucedido.

TODOS. Sí, sí. (*Riendo.*)

EDUARD. Ahora que he sido obligado á pronunciar un nombre que no debia haber salido de mis labios, estoy en el deber de referir mi aventura, aunque no sea más que por el honor de la señora condesa.

MAUR. Si me lo permitís, os escucharé con placer. Luis, dame un cigarro. (*Luis se lo da.*) Os escucho...

EDUARD. Siendo yo subteniente, y en los dias en que me disponia para partir con mi regimiento á la guerra de África, fuí presentado por un amigo en la tertulia de la condesa de Rosalís: allí entre las diferentes jóvenes de la alta aristocracia fijé la atencion en una que excedia en belleza á todas las demas: era la señorita Valentina de Roldan, y lo confieso; empecé á amarla, pero sin la menor esperanza. Concluido el baile, cerca de las tres de la madrugada, y en el momento en que iba

á entrar en su carruaje, se desprendió la rosa blanca que la señorita Roldan habia llevado toda la noche en su peinado. Yo salia al mismo tiempo de la casa, la recogí, la oculté en mi pecho, y huí como un ladron que lleva el codiciado tesoro.

MAUR. Bien: continuad, esto es romántico!

EDUARD. Un mes despues me hallaba en Africa: la muerte de un pariente me habia constituido dueño de una fortuna. Entónces creció mi esperanza, pero me duró muy poco. La víspera de la toma de Tetuan supe por un amigo que acababa de llegar de España que la señorita Valentina de Roldan era ya esposa del conde Mauricio. (*Pausa.*) Al dia siguiente se debia dar el asalto, y yo deseaba terminar mi vida; pero la muerte que nos arrebató á tantos valientes en aquel memorable hecho de armas, me respetó...

MAUR. Y como el morirse de amores ya no está en uso... (*Mauricio se rie mofándose.*)

EDUARD. Señor conde, es una vileza reirse de esto.

MAUR. Caballero!... (*Entra un criado con algunas bebidas que coloca sobre el velador.*)

EDUARD. Repito que es una vileza, señor conde.

LUIS. Señor capitan!...

TODOS. (*Deteniendo á Mauricio.*) Mauricio!...

LUIS. Retirémonos, señores. Vamos á dar una vuelta por el jardin (*A Mauricio*), y sosegaos, pues que ni uno ni otro teneis razon.

MAUR. Cómo!

LUIS. Quiero decir, que la teneis los dos, porque ambos estais...

RICARD. Bebamos, señores, una copa de Jerez.

TODOS. Sí, bebamos.

RICARD. (*Presentando una copa á Mauricio.*) Mauricio, cesen los rencores, y hazme el obsequio de brindar por nuestro amigo el capitan Martinez.

MAUR. No bebo.

TODOS. Mauricio!...

EDUARD. No quiero que me aventajeis en nobleza, y brindo á vuestra salud. (*Vase Mauricio despechado.*)

ESCENA II.

Los mismos, ménos MAURICIO.

LUIS. Es cosa original! Ya conoceis las teorías que siempre ha sustentado Mauricio... La condesa, con su amabilidad, con sus dulces maneras, habia

logrado cambiarle por completo, pero de algun tiempo á esta parte se ha vuelto más escéptico que ántes.

ADOLFO. Este cambio debe reconocer algun motivo.

LUIS. Lo sabes tú?

ADOLFO. Yo no.

LUIS. A mí no me es desconocido.

ADOLFO. Y bien...

LUIS. Habrá llegado á sus oidos una historia de familia que se cuenta, referente á la señora de Roldan, á la madre de Valentina: se dice, que en su juventud fue causa de la muerte de un hombre!

ADOLFO. Una víctima? (*Riendo.*)

LUIS. Un jóven que amaba ciegamente á la señora Roldan y que llegó á perder la cabeza por ella...

ADOLFO. La trágica muerte de ese hombre será prueba de que la señora Roldan estuvo muy cruel con él... (*Mauricio que aparece en la puerta oye las últimas frases y las siguientes.*)

LUIS. O demasiado bondadosa con otros!

ESCENA III.

Los mismos, MAURICIO.

MAUR. Esas palabras...

LUIS. (Escuchaba!) Yo digo lo que dicen...

MAUR. Luis: hay ciertas conversaciones que son peligrosas.

TODOS. Señores!... (*Mediando.*)

ADOLFO. Mauricio: todo cuanto aquí ha pasado debe darse al olvido. La reunion debe terminar con la misma expansion y alegría con que empezó... Vos, capitan, haced las paces con el conde.

EDUARD. Yo no deseo otra cosa que estrechar su mano.

ADOLFO. Mauricio; el capitan siente cuanto ha pasado y os ofrece su amistad.

MAUR. Un hombre que ha amado tanto á mi mujer?... Sea pues; señor capitan, hé aquí mi mano.

EDUARD. Señor conde, os juro bajo mi palabra de honor que desde este momento podreis contar con mi verdadera y sincera amistad. Habeis sido mi rival: la mujer que yo amé en otro tiempo, que no me conoce y que no me ha amado, hoy no ama ni puede amar sino á vos. Sois, pues, un objeto sagrado para mí, y en cualquier tiempo tendré una satisfaccion en poderos ser útil.

MAUR. (*Riendo.*) Os creo, y siempre tendreis abiertas las

puertas de mi casa. (*Eduardo se inclina y se retira.*)

ADOLFO. Bravo, Mauricio!

MAUR. Estais contentos? Tambien creo que lo estará el señor capitan. Ha obtenido lo que deseaba.

ADOLFO. Cómo.

MAUR. Qué diablo! Odiar al marido de su amada es de mal gusto; y en suma, el mal está reparado.

ADOLFO. Dudais del capitan?

MAUR. En tal caso dudaria de mí mismo. (*Viendo que se disponen á marchar.*) Os retirais?

LUIS. Sí; vamos á dar un paseo hasta la Castellana; vosotros os quedais?... (*Todos dan la mano al conde y se retiran.*)

RICARD. Nos encontraremos en el Prado; yo me quedo un momento con Mauricio.

ESCENA IV.

MAURICIO, RICARDO.

RICARD. Debo hablarte de un asunto importante.

MAUR. Puedes empezar.

RICARD. Te ruego que no tomes á risa lo que voy á decirte.

MAUR. Comprendo: deseas hablarme de matrimonio.

RICARD. Lo has adivinado. Hace diez y ocho meses que amo á tu hermana: lo sabes, y aun me prometiste que seria tu cuñado.

MAUR. Y tú me prometiste que llegarias á ser diestro especulador, célebre pintor y heredero de tu tio.

RICARD. Es verdad.

MAUR. Has cumplido tus promesas?

RICARD. Aun no, pero...

MAUR. Bien, esperemos, y cuando sea la ocasion oportuna, hablaremos á mi hermana.

RICARD. Ella consiente.

MAUR. (*Riendo.*) Estás ya seguro del porvenir? Cuando lo estés, ambos cumpliremos la promesa.

RICARD. Sólo te suplico que pienses que mi felicidad está en tus manos.

MAUR. Felicidad: ja, ja! (*Mauricio rie.*)

RICARD. Y rie todavía! Adios, Mauricio. (No sé para cuándo guarda la formalidad.) (*Al irse.*)

ESCENA V.

MAURICIO.

(*Se sienta.*) Pues señor, hé aquí el mundo, y hé aquí los amigos. Despues dirán que soy escéptico, que de todo me burlo, que nada me impresiona. La amistad! Qué es la amistad? Yo no veo en ella más que el egoismo, el interés personal. (*Se levanta y pasea.*) Oh! Sócrates conocia á los hombres. La ingratitud está siempre á la altura de los favores que se prodigan. Miserables!... Pero... será Valentina culpable? habrá contribuido á alentar el amor en el pecho de Eduardo?... Habrá verdad en lo que he oido decir de su madre?... Yo que de todo me rio, seré tal vez objeto de las risas de otros?... Calma, Mauricio... calma... y... filosofía! (*Suena el ruido de un carruaje.*) Quién vendrá? (*Se asoma á la ventana.*) Ah! es mi hermana con Adela... Seamos galantes, al ménos con las damas. Iré á ver á Regina; desea hablarme, segun me indica en su carta. (*Vase.*)

ESCENA VI.

ENRIQUETA, ADELA.

ENRIQ. Ahora podremos arreglar nuestras cuentas. De ochocientos reales, no han quedado más que cuarenta por distribuir.

ADELA. Y todavía nos quedan dos pobres! Habeis dado demasiado á los otros. (*Mirando hácia el fondo.*) Oh! Dios mio!

ENRIQ. Qué es eso?

ADELA. Creia que fuese el señor conde!...

ENRIQ. Y si fuese? (*Se sientan.*)

ADELA. Ya sabeis que se burla de nosotras. Dice que contribuimos á hacer ingratos. Bueno seria que ahora que es secretario de la embajada, el ministro le mandase léjos de Madrid. Estaríamos muy bien sin él.

ENRIQ. Adela! (*Reconviniéndola.*)

ADELA. Qué quereis! Yo no puedo continuar en esta vida. Vos sois dócil y buena, pero yo os declaro que si la señora condesa no vuelve hoy, voy á Aranjuez á buscarla.

ESCENA VII.

Dichas, RICARDO.

RICARD. Tú, Adela!

ADELA. Oh, señor don Ricardo!

RICARD. Vendré tal vez á estorbar?

ADELA. Cualquier otro estorbaria porque nos empleábamos en una buena obra, que nos está prohibida, ó que al ménos se nos censura.

ENRIQ. Adela!... (*Riñéndola.*) Habreis venido para hablar con mi hermano. (*A Ricardo.*)

RICARD. No, Enriqueta... Hace un momento que le he hablado, en este mismo sitio; pero he visto llegar hácia aquí vuestro carruaje, y he vuelto, porque es á vos á quien deseo hablar. Con Mauricio no me entiendo bien! Siempre rie y no sé cómo explicarme para evitarlo. Con vos ya es otra cosa.

ENRIQ. (*Le hace seña que se siente.*) Yo, pues, nos os infundo miedo?

RICARD. Al contrario; y mi único deseo es que lleguen á realizarse mis esperanzas por medio de nuestro matrimonio.

ENRIQ. Os repito lo que ya os he dicho; que si nuestro enlace se ha de verificar, es necesario que obtengais el consentimiento de mi hermano.

RICARD. De vuestro hermano? Hace diez y ocho meses que no hago otra cosa que solicitarlo, y justamente al separarnos pocos momentos há, le he vuelto á hablar de lo mismo.

ENRIQ. Y qué os ha contestado?

RICARD. Ha consentido, condicionalmente.

ENRIQ. Condicionalmente?

RICARD. Sí; quiere que ántes sea yo un diestro especulador, célebre pintor y heredero de mi tio.

ADELA. Y bien?

RICARD. Una tercera parte de mi esperanza se ha disipado.

ENRIQ. Cómo?

RICARD. Mi primera especulacion casi me ha arruinado.

ADELA. Oh!

RICARD. Con el objeto de ser rico en breve tiempo, me dirigí á un amigo mio, hábil especulador, que pasa su vida en la Bolsa, y que segun dice ha hecho ganancias fabulosas. Un dia, con cuarenta mil reales en mi cartera, que era casi todo lo que poseia, fuí á buscar á mi amigo, al cual pregunté si con aquella cantidad era posible hacer fortuna

en poco tiempo. «Nada más fácil,» me contestó: «llegas en una ocasion tan favorable que podrás cuadruplicar tu capital, aplicándolo á una especulacion á la cabeza de la cual está un pariente mio.»—Ya comprendereis cuál fue mi alegría: creia muy próximo el dia de ver realizada una parte de mis esperanzas, es decir, me creia ya un diestro especulador.

ENRIQ. Y el resultado?

RICARD. No pudo ser más triste, como vais á oir. Mi amigo me condujo á casa de su pariente, el cual enterado de mis deseos, me explicó el negocio. Era nada ménos que la explotacion de una mina de yeso, de tan superior calidad que podia pasar por azúcar... Digo, á la vista.

ADELA. Se comprende.

RICARD. Tales fueron las explicaciones de aquel hombre, que yo ví ya en lontananza un rio de oro. Sin esperar más, consigno en sus manos mi capital, recibiendo en cambio cuarenta acciones. Cuarenta acciones que aun tengo y tendré mucho tiempo! A los dos dias voy á la Bolsa á enterarme de la cotizacion, creyendo encontrar las acciones en alza, y me entero que la sociedad no estaba autorizada y que restituia los capitales recibidos. Corro inmediatamente á casa del pariente de mi amigo, y sé con sorpresa que ha desaparecido. Es decir, que cuando me creia ya dueño de ciento sesenta mil reales, me encuentro con un déficit de cuarenta mil, esto es, cuarenta mil motivos ménos de esperanza, para la realizacion de nuestro matrimonio.

ADELA. Pobre don Ricardo!

RICARD. Pobre en verdad! Pero no me acobardo y pienso asirme á otra cuerda. Iré á ver á mi tio, le cuento mi tragedia, y por más que es bastante avaro, me dará alguna cantidad á cuenta de la herencia, que me permitirá poder...

ENRIQ. Y si se niega á complaceros y mi hermano se opusiese?

ADELA. En este caso esperará á que hayais entrado en la mayor edad...

RICARD. Excelente idea... Qué tiempo os falta aun?

ENRIQ. Dos años.

RICARD. Dos años!... Es mucho tiempo y será necesario acortarlo.

ENRIQ. Y cómo es posible hacerlo?

RICARD. Es una broma. A mí no me falta valor. No he soñado nunca tanto como al presente en mi bella

vida color de rosa. Enriqueta mia, vereis cuán felices vamos á ser. Cuando estemos unidos por los indisolubles lazos del matrimonio, alquilaremos una bonita casa en el barrio de Salamanca. Yo tendré un soberbio estudio, lleno de figuras al yeso, y de cuadros antiguos... criaremos animales domésticos; ya tengo una pantera... embalsamada.

ENRIQ. Trabajareis mucho y adquirireis gran celebridad.

RICARD. Ya lo creo!... Vos me inspirareis. Yo seré como Rafael; pintaré en todos los cuadros la cabeza de mi amada. Quiero hacer, por ejemplo, el pasaje de las Termópilas, bajo un punto de vista no representado hasta ahora. Pues bien; yo imprimiré la imágen de vuestro rostro á Leonidas y á sus trescientos espartanos. Estais contenta? Yo estaré siempre á vuestro lado trabajando, no os dejaré un momento, y no recibiré más que á personas de buen humor.

CRIADO. La señora de Ernestal.

RICARD. Cómo! Nuestra jóven viuda!

ESCENA VIII.

Dichos y REGINA.

REGINA. Mi amada Enriqueta! Don Ricardo!

RICARD. Nos encontrais...

REGINA. Ocupados?

RICARD. Haciendo castillos en el aire... pero que con el tiempo se realizarán.

REGINA. Os lo deseo de corazon.

RICARD. Me perdonareis si me veo obligado á retirarme: debo ir á casa de mi tio: me ha escrito una carta urgentísima para que vaya á verle. Hace quince dias que la tengo en el bolsillo, y quiero darle pruebas de mi eficacia. A los piés de la señora Regina. A Dios, mi bella prometida.

REGINA. Cómo!

RICARD. Todo está ya arreglado entre nosotros; por lo demas, suceda lo que quiera siempre conservaré mi esperanza.

REGINA. Siempre es algo.

RICARD. Cuando no se puede tener otra cosa... (*Besa la mano á Enriqueta, saluda á Regina y vase.*)

ESCENA IX.

Dichas, ménos RICARDO.

REGINA. Buen jóven! Y Valentina, no ha llegado aun?
ENRIQ. No puede tardar mucho: ha anunciado que estaria aquí á las seis.
REGINA. Son ya las cinco y media: la esperaré. El señor conde sé que no está en casa.
ENRIQ. No.
ADELA. Habrá ido á dar un paseo al Prado.
REGINA. He de hablarte con franqueza. Acabo de tener con él una corta conferencia, pero que no por breve ha dejado de ser importante. No sabe que Valentina vuelve esta tarde?
ADELA. Sí en verdad: mas el señor conde no creo que fije en eso su atencion.
REGINA. Siempre lo mismo. Sin embargo, yo creo que desde hoy será otra su conducta.
ENRIQ. Cómo así?
REGINA. No te acabo de decir que he tenido con él una conferencia? Pues creo que ha de producir algun resultado.
ADELA. *(A la puerta del foro.)* La señora Valentina.
ENRIQ. De véras? Qué felicidad! *(Saliendo á su encuentro.)* Valentina!

ESCENA X.

Dichas, VALENTINA.

VAL. Mi querida Enriqueta! Señora de Ernestal. *(Se abrazan.)*
ENRIQ. Y tu madre?
VAL. La pobre señora se hallaba cansada y ha pasado á mi habitacion: la verás más tarde. Adela, hija mia, hazme el favor de pasar al lado de mi madre, que tendrá necesidad de tí.
ADELA. Al instante, señora. *(Vase.)*
VAL. Y Mauricio, que aun no le he visto? Estará en su despacho. Permitidme...
ENRIQ. No, Valentina, Mauricio ha salido de casa.
VAL. Ha salido! Y sabes si estará mucho tiempo fuera!
ENRIQ. No; me ha prometido que volveria en seguida.
REGINA. Pero Valentina, no nos habeis hablado todavía de lo más importante. Cómo está Luisita?

VAL. Mi hija? Tan saludable y tan hermosa. Nosotros esperábamos que tú, Enriqueta y Mauricio hubieseis ido á pasar algunos dias con nosotros.

ENRIQ. Nada hubiese deseado tanto, pero Mauricio estaba aquí entretenido... con sus negocios... y yo no podia...

VAL. Dejarle solo. Has hecho muy bien. Sabes dónde ha ido?

ENRIQ. Creo que al ministerio. Como es secretario de la embajada habrán tenido necesidad de él.

VAL. Oh, Dios mio! Si tendrán intencion de hacerle salir de Madrid?

ENRIQ. No sé.

REGINA. Y aunque así fuese. Vos le seguiriais.

VAL. Si consistiese en mí solamente, pero Mauricio... no sé...

REGINA. Quién duda que tal será su voluntad! Él os ama...

VAL. Estaba disgustado durante mi ausencia?

ENRIQ. Y no podia disimularla.

VAL. Y no recibia á nadie? Bien que aquí veo señales de haber estado satisfactoriamente acompañado.

REGINA. Sí, solia recibir algun amigo, don Adolfo, Luis... (*Mirándola con intencion.*) el *capitan Martinez...*

VAL. El capitan Martinez? No le conozco.

REGINA. Ni yo. (Es cuanto queria saber.)

ENRIQ. Ah! Mírale.

VAL. Mauricio!

ESCENA XI.

Dichas, MAURICIO.

MAUR. Señoras!

VAL. Mauricio mio! (*Corre á abrazarle.*)

MAUR. (*Con frialdad.*) Buenas tardes, Valentina.

VAL. No me esperabas?

MAUR. Sí, pero tan pronto...

VAL. Has estado en el ministerio?

MAUR. (*Con frialdad y distraido.*) Eh?... sí... no... Vengo de casa del capitan y no estaba... (Valentina ha vuelto de su viaje... sin avisarme...) (*Riendo amargamente.*) Hay combinaciones singulares. (*Mirando fijamente á Valentina.*)

ENRIQ. (*A Regina.*) Como cuestadora de la sociedad de caridad debo rendiros cuentas. Quereis recibirlas?

REGINA. Señor conde: os dejo con vuestra esposa. (Recordad lo que os he dicho, vuestra esposa es un ángel...)

MAUR. (Tambien lo era Luzbel ántes de su caida.)
REGINA. Adios, Valentina. Vamos, Enriqueta?
ENRIQ. Vamos. *(Salen.)*

ESCENA XII.

VALENTINA, MAURICIO.

VAL. Mauricio, no me preguntas por nuestra querida hija?
MAUR. Ah! sí; es verdad... Habla ya?... anda por sí sola?
VAL. Qué ocurrencia! A los cuatro meses! Empieza á balbucear alguna palabra, y cuando yo la hablo, me dirige una sonrisa celestial, como si comprendiera lo que le digo.
MAUR. Qué has hecho, Valentina, en Aranjuez?
VAL. Nada; pasear solamente.
MAUR. No has sido invitada á alguna fiesta en la que hubieses podido encontrar...
VAL. A quién?
MAUR. A alguno de tus amigos...
VAL. He recibido algunos billetes de invitacion, que he rehusado.
MAUR. Pero habrás recibido las visitas de alguno...
VAL. De nadie.
MAUR. Ni de algun viandante extraviado? *(Valentina le mira fijamente.)* Es extraño! Te habrás aburrido allí, completamente sola?
VAL. Oh, no estaba sola; me acompañaba mi hija, á quien colmaba de caricias, y enseñaba á pronunciar el nombre de su padre; así se me pasaban las horas con una velocidad indecible.
MAUR. Te acordabas de mí?
VAL. Mucho; y cómo no, si te amo tanto?
MAUR. *(Un poco conmovido.)* Valentina! me amas?
VAL. Mauricio mio! Lo puedes dudar?
MAUR. Qué hermosa eres!
VAL. Lo crees tú así?
MAUR. *(Que habrá tomado la mano de Valentina.)* Oh! Qué es esto? No te habia visto nunca esta sortija!
VAL. Ah, sí; una rosa de brillantes... Es un recuerdo.
MAUR. Un recuerdo?
VAL. De familia. Lo guardaba mi madre entre sus joyas, y me lo ha regalado.
MAUR. Ah! es tu madre quien?...
VAL. Mauricio! podrias creer acaso, que fuese regalo de alguna otra persona?

MAUR. No... Pero... Una rosa desprendida de tu cabellera...
VAL. Qué dices?
MAUR. Qué?... No, nada... A própósito. Por qué no has regresado por la via férrea?
VAL. (*Sonriendo.*) Te lo diré, pero no te rias: mi madre tiene miedo á estos viajes por medio del vapor, y ha dispuesto nüestra vuelta en carruaje.
MAUR. Conque fue tu madre?... Pero me parece que te encuentro agitada...
VAL. Yo?... Qué rareza! Mauricio, por qué dudas siempre?
MAUR. Qué quieres! Es un resto de mi antigua costumbre.

ESCENA XIII.

Dichos, un CRIADO; á poco RICARDO.

CRIADO. El señor don Ricardo Liebert.
MAUR. Importuno!
RICARD. Señora condesa... Mauricio... Si supierais...
VAL. Qué teneis, don Ricardo?
RICARD. En mí podreis ver la víctima de un horrible asesinato.
VAL. Dios mio!
MAUR. Qué ha sido?
RICARD. Ante todo es necesario que te haga saber lo que hace poco dije á tu hermana; que he hecho un mal negocio en la Bolsa.
MAUR. Lo sabia.
RICARD. Y que salí de aquí para ver á mi tio.
MAUR. Y bien.
RICARD. Hacia quince dias que me esperaba... Si supieseis lo que ha hecho aquel loco de mi tio durante este tiempo!
MAUR. En suma.
RICARD. Voy á decirlo; pero ántes es necesario que haga su biografía. Mi tio tiene la respetable edad de setenta y cinco años, y es extraordinariamente feo: ademas, un hospital ambulante; padece de reuma por arriba y la gota por abajo... Pues bien; hace poco llegué á su casa. Hablo al portero y me recibe con una sonrisa sardónica... Entro y no puedo ménos de maravillarme. Todo lo encuentro cambiado. En vez del antiquísimo mueblaje que habia conocido dos generaciones, veo magníficas butacas, alfombras riquísimas, portiers de lujo; en resúmen, la casa de mi tio, que parecia una tienda de antigüedades, estaba convertida en un palacio ducal. Sin saber darme cuenta de lo que

veo, paso á un gabinete, donde me encuentro á mi tio envuelto en una bata bordada de oro y un gorro griego de terciopelo con borla tambien de oro; y sentada en otra butaca frente á él, una señora lujosamente adornada. La miro con atencion, y reconozco en la que ostenta las más preciosas joyas, admiraos! á Teresa el ama de llaves de mi tio! Mi tio se ha casado con ella y le ha hecho entera donacion de todos sus bienes. Ha tenido valor de contarme tan horrible contrato. Tú tienes, sobrino mio, me dijo, una esperanza. Tu pincel puede labrar tu fortuna. *(Un criado ha entrado momentos ántes y ha entregado un billete de visita á Mauricio.)*

VAL. Pobre Ricardo!

MAUR. *(Leyendo la tarjeta.)* (El capitan Martinez: otra vez él.) Esto es demasiado!

RICARD. Ya sé yo que es demasiado. Dos esperanzas frustradas en un solo dia. Lo hubieras tú esperado eso, Mauricio?

MAUR. Yo lo espero todo de los hombres: en el mundo no reina más que la mentira y la traicion.

RICARD. Cómo!...

MAUR. Cuando se trata de deshonrar á una familia, nada importa invocar la cosa más santa, ni pronunciar los más sagrados juramentos.

VAL. }
RICARD. } Mauricio!

MAUR. No hay en el mundo ni sombra de virtud... No hay otra cosa que hipocresía...

VAL. Y por qué me miras de ese modo, Mauricio?

MAUR. Pero yo... señora... *(Conteniéndose.)*

RICARD. Deseo saber qué relacion tienen las palabras que acabas de pronunciar con mis asuntos.

MAUR. Qué relacion? Que es un sistema de falsedad y de mentira el que regula todas las acciones humanas. Cuando se ama á una rica heredera y se quiere ser correspondido, es necesario acercarse á ella y hablarle de minas, de un tio en América; como si un tio hubiera de ser una mina como otra cualquiera.

RICARD. No te entiendo.

MAUR. Ahora que mi hermana te ama, tú pierdes tu mina, y das mujer á tu tio.

VAL. Tú estás loco, Mauricio.

RICARD. Cómo! Serias capaz de creer?...

MAUR. Es una buena partida. Bien jugada! Porque ahora aquella pobre inexperta te ama, y yo deberé dar mi consentimiento. Anda; que eres egoista como todo el género humano.

RICARD. Señora condesa, vos no creereis en mí tal infamia!

VAL. (*Extendiéndole la mano.*) Ricardo!

RICARD. Ah! Vos sois un ángel... Pero tú, Mauricio, has podido creer que yo hubiese tratado de especular con una herencia ficticia, con negocios imaginarios, para obtener tu consentimiento y engañar á tu hermana? Una especulacion! Oh! esto es horrible!

MAUR. El mundo es así. Yo en tu caso hubiera hecho lo mismo... Es natural...

RICARD. Sí? Tanto peor para tí, porque lo que crees que yo he sido capaz de cometer es una vileza, una infamia.

MAUR. (*Riendo.*) Pero si es una broma.

RICARD. Tu sonrisa es infernal.

MAUR. Ricardo, yo no he querido decir...

RICARD. Pero lo has dicho, y te compadezco. Mauricio, es necesario tener el corazon muy enfermo para dudar de todo en el mundo. Pero yo te haré creer en algo, y como no quiero ser acusado de haber buscado la fortuna donde sólo buscaba la felicidad, me retiro y renuncio á la mano de la señorita Enriqueta.

VAL. Ricardo!

RICARD. Renuncio, señora condesa. Me vuelvo á mis pinceles. Mauricio! Dios te perdone el mal que me has causado.

MAUR. (*Queriendo detenerle.*) Ricardo.

RICARD. No trates de detenerme. A Dios, señora, probablemente para siempre. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

MAURICIO, VALENTINA.

VAL. En verdad que has estado cruel con Ricardo. Su desesperacion... pobre muchacho!

MAUR. (*Algo conmovido.*) Es cierto; no debia haberle tratado tan duramente. Pero, quién me asegura que no haya adivinado su pensamiento? Su misma desesperacion, no puede ser una de esas escenas de comedia, en que el amor se busca para salvar intereses?

VAL. Creo que te equivocas, Mauricio.

MAUR. No creas en la virtud de los hombres, Valentina; esto es peligroso.

VAL. Cómo!

MAUR. Nada. (*Cambiando.*)

VAL. Veamos el medio de reparar el daño que has hecho. Enriqueta ama á Ricardo: que no sepa, pues, nada de lo que aquí ha pasado. Ha tenido que renunciar á la herencia de su tio? Bien. Qué importa! El se creará una posicion honrosa con la pintura. Tiene talento.

MAUR. *(Con altivez.)* Talento! Y tú crees que baste el talento para hacer fortuna? Talento! El mundo se fija poco en esta quimera. El ídolo de ayer se olvida pronto, y el público entusiasmo no lleva coronas sobre la tumba de los hombres que se hicieron notables por su talento. Lo que arrebata, es la intriga, la cábala, la falsía.

VAL. Oh!

MAUR. No soy yo quien ha establecido la sociedad; la he encontrado ya formada; bien: si yo me convierto en lobo, tanto peor para las ovejas.

VAL. Me causas espanto, Mauricio, hablando de esa manera.

MAUR. Yo soy malo, no es verdad? Qué quieres, es un instinto que me domina. Tengo como un depósito de odio, que, á pesar mio, rebosa de mis labios. Alguna vez quiero esforzarme por concebir alguna esperanza, por creer en algo; pero no puedo: la duda se presenta ante mis ojos con su faz satánica. Quiero resistir, pero analizo las cosas de la vida, y al fin llego á convencerme de que la duda tiene su razon de ser. *(Se agita, mira á Valentina, hace por hablar y no se decide, pasea un momento y al fin le dice.)* Sí, tú me haces traicion, Valentina!...

VAL. Qué dices? Qué horrible pensamiento te pasa por la mente?

MAUR. Sí, Valentina, lo sé, y esto me destroza el corazon.

VAL. Es imposible, yo no puedo creer que formes tal pensamiento de mí, que tanto te amo, que tanto te he amado siempre.

MAUR. Siempre? *(Con ironía.)*

VAL. Siempre.

MAUR. Ja, ja!... *(Mauricio sonrie.)*

VAL. Te ries? Te atreves á dudarlo? Mauricio, tú debes haber tenido algun mal sueño!

MAUR. Un sueño! Un sueño! Pero no creo que sea un sueño el señor Martinez.

VAL. El señor Martinez! Es la segunda vez que oigo pronunciar este nombre: pero te puedo asegurar que me es enteramente desconocido.

MAUR. No le conoces?

VAL. Al ménos no recuerdo haberle visto jamás.

MAUR. Pues bien; el señor Martinez tiene buena memo-

ria tuya; porque ha conservado, por espacio de diez y ocho meses, sobre su corazon, una pobre rosa caida de tus cabellos.

VAL. Es imposible.

MAUR. Imposible! Él mismo me lo ha dicho.

VAL. Entónces será como tú dices: pero, qué culpa tengo yo en todo esto?

MAUR. Ninguna ciertamente; pero yo queria decir que la flor que se conserva como una reliquia, pocas veces es una flor *perdida*, generalmente es una flor *regalada*.

VAL. Regalada por mí? Yo he regalado una flor al señor Martinez? Te juro...

MAUR. Y por qué apenas has llegado, manda su billete de visita?

VAL. Yo no lo sé.

MAUR. Es una extraña combinacion.

VAL. Será todo lo que quieras, pero yo estoy inocente y nada sé de lo que dices.

MAUR. El señor Martinez ha venido hoy mismo á esta casa por una combinacion, que no me explico. Voy á la suya, y no le encuentro. Llegas tú, y hé aquí en seguida su tarjeta. Y es claro que esta segunda visita no puede ser á mí, y esto me indica que hay entre vosotros alguna inteligencia secreta.

VAL. En suma, qué quieres deducir?

MAUR. Que la vida es así. Jamás puede uno encontrar el ideal que ha soñado; y aun en el pasado de la mujer más pura, se encuentra siempre algun juramento escapado de los labios, alguna flor desprendida de los cabellos. No te ha contado tu madre alguna historia parecida?

VAL. Pero, Dios mio! Qué página terrible hay en la historia de tu vida, para que así dudes de todo? Mauricio, te lo suplico: cree mis palabras. Yo te amo con todo el amor posible. Hoy me creí contenta, feliz, y las dudas que manifiestas, llenan de amargura mi corazon. Mauricio, siempre que me hablas de la manera que acabas de hacerlo, como lo vienes haciendo mucho tiempo, yo no sé... en tales momentos... quisiera... no amarte!

MAUR. Quisieras? (*Mauricio sonrie.*)

VAL. Pero es un genio maléfico el que te sugiere el atormentar á todos los que te aman! Sabes, Mauricio, quién ha hécho el mundo tan malo? Yo te lo diré: son esos malditos filósofos que has tomado por modelo.

MAUR. Tambien tú llegarás á ser mala.

VAL. Es posible: porque en el poder del hombre está hacer de la mujer un ángel ó un demonio.

MAUR. No siempre! Yo he conocido á un hombre, un amigo mio, que habia recogido una niña que se moria de hambre al lado del lecho de su pobre madre: quedó huérfana, y mi amigo cuidó de su educacion, la hizo rica y feliz, y más tarde la amó con toda la intensidad de un primer amor.

VAL. Y bien?

MAUR. Un dia aquella mujer, ingrata, huyó con otro amante.

VAL. Y qué fue de tu amigo?

MAUR. Ha llegado á pensar como yo.

VAL. Es decir, que no cree en la virtud, porque un dia encontró el vicio en su camino, y porque una mujer le ha hecho detestar la vida, ha jurado vengarse haciéndola odiar á los demas? Es muy generoso tu amigo!

MAUR. *(Mirándola.)* Qué quieres decir?

VAL. Nada. Me has hecho mal en contarme esa historia.

MAUR. Por qué?

VAL. Porque ese hombre, ese amigo tuyo, eres tú.

MAUR. Yo?

VAL. No lo niegues. Se ven las lágrimas en tus ojos, y tú no has llorado jamás por dolores ajenos.

MAUR. Valentina!

VAL. Pero tú estás loco! No has tenido la generosidad de dejarme ignorar la parte mala de tu vida. Tu alma está llena de sombra, de disgusto, y has querido comunicar á la mia tus tormentos. Yo no tengo recuerdo alguno del pasado: tú has tenido un primer amor, y para hacerme sufrir has querido que yo lo supiese. Eres algo más que un egoista: eres algo más que un escéptico, eres un malvado.

MAUR. Señora!

VAL. Sí, Mauricio, un hombre malvado. Hace mucho tiempo que sufro sin proferir una queja. Tú te has reido de mis palabras. Has despreciado todo lo que yo amaba, y no te he manifestado el menor disgusto, porque hasta hoy he esperado que demostrases algun aprecio por mí; pero hoy me he convencido que en tu corazon no hay otra cosa que odio y desprecio para todos. Me concedes el derecho de hablar y hablaré.

MAUR. Valentina, es necesario que me escuches.

VAL. Caballero, es necesario que me respondais. Poco hace tomasteis en los labios el nombre de mi madre. Con vuestras palabras habeis hecho algo

más que insultarme, porque habeis ofendido á mi madre dando á comprender que no ha sabido educarme. Podeis dudar de mí, si os place, pero de mi madre, os lo prohibo.

MAUR. Valentina, es la primera vez que me hablais de esa manera. *(La señora Roldan aparece en la puerta.)*

VAL. Respondedme: sabeis alguna historia que deshonre á la que yo siempre he amado y respetado?

MAUR. Valentina; yo no soy más que el eco de un rumor que se esparce entre la gente ociosa y que produce la hilaridad de los que escuchan.

VAL. Y qué se dice de mi madre? Hablad: lo quiero.

ESCENA XV.

Dichos, la señora ROLDAN.

ROLDAN. Y yo lo mando.

VAL. Madre mia!

ROLDAN. Ya os escucho. Qué sabeis de mí? Me han acusado, tal vez calumniado á vuestra presencia y vos habeis dado fe á tales calumnias. No habeis tenido una sola palabra en defensa de la que tantas veces habeis llamado vuestra madre! Obrais de un modo muy innoble!

MAUR. Señora!

ROLDAN. Pero yo debo justificarme, no es cierto?... Si no por vos, por Valentina.

VAL. Madre mia!

ROLDAN. No quiero que tú me desprecies. Hace veinte y cinco años que un hombre se suicidó por mí, porque *decia* que me amaba, y yo estaba prometida á otro. Deploré aquella muerte, pero no podia acusarme de ella, porque yo ignoraba de todo punto aquel fatal amor. Él era pobre y su pobreza habia sofocado en sus labios una confesion que sólo hizo al borde de la tumba, y que todos ignorábamos.

VAL. Oh!

ROLDAN. Sí, al mismo tiempo pronunció su primera palabra de amor y su último á Dios. Esta es la verdad; lo juro por lo que más pueda amar sobre la tierra: por mi vida y la de mi hija.

VAL. Oh madre mia! *(Abrazándola.)*

ROLDAN. Ahora yo me marcho de esta casa.

VAL. Os marchais?

ROLDAN. Sí, no quiero esperar á ser despedida.

MAUR. Qué decís? podeis quedaros, señora? *(Hace por tomar la mano de Valentina, pero esta rehusa y corre*

al lado de su madre.) El deber me llama á Lóndres... y tú, Valentina, vendrás conmigo... *(A Valentina.)*

VAL. No. *(Con imperio.)*

ROLDAN. Hija mia! qué dices? *(Bajo á Valentina.)*

VAL. Oh madre mia! yo os amo siempre, pero á él... siento que le odio!

MAUR. Valentina, has comprendido lo que he dicho?

VAL. Quereis que os acompañe en vuestro viaje.

MAUR. Y bien? Sí, y qué!...

VAL. Que rehuso.

MAUR. Vendreis... *(Con altivez.)*

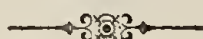
VAL. Nunca, nunca.

MAUR. Valentina!

VAL. Lo he decidido! Caballero, me quedo con mi madre!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.



Rico pabellon de caza en medio de un parque cerca de Aranjuez. Puerta al fondo, desde la cual se ven los árboles de la campiña. En las paredes se hallan colgadas toda clase de armas de caza. Mueblaje conveniente. Floretes de tirar y caretas, floretes de desafío sin punta, pistolas, etc.

ESCENA PRIMERA.

ADOLFO, LUIS.

(Al levantarse el telon suena á lo léjos la trompa de caza. Adolfo y Luis vestidos á lo jockey, juegan á las cartas á la derecha.)

LUIS. Pero no oyes que se aproxima el sonido de la trompa?... Bien: he ganado.

ADOLFO. Dame la revancha.

LUIS. Ya es la décima vez que te la doy.

ADOLFO. Luis, eres un egoista.

LUIS. Lo eres tú, que no gustándote la caza me has obligado á hacerte compañía.

ADOLFO. Laméntate aun, despues que me has ganado ochenta duros.

LUIS. Es que estoy de suerte: otro dia me tocará perder. Oh! ya vuelven los compañeros; la caza ha terminado.

ADOLFO. Mejor. Quieres jugar otro albur?

LUIS. No me importunes más.

ESCENA II.

Dichos, RICARDO, SERAFIN.

SERAF. *(Desdé la puerta.)* Ramon, cuida de nuestros caballos.

RICARD. Es una cosa deliciosísima la equitacion. Uf! No puedo más. (*Se sienta.*) Estoy rendido: figuraos que ví un ciervo que corria con una velocidad extraordinaria. Me propongo darle caza; meto espuelas al caballo, y qué si quieres! Creo que hubiera sido mejor montar sobre el ciervo para dar alcance á los caballos. Muy bien: vosotros habeis permanecido aquí.

LUIS. Adolfo no ha querido dejarme partir.

ADOLFO. Por su propio interés.—Tú no conoces la caza del ciervo: con tus gritos lo hubieras hecho huir, y por otra parte, no te has cansado ni empolvado y estás fresco como una rosa.

LUIS. Y si yo hubiese tenido ganas de empolvarme?

ADOLFO. Señores, en tanto que llega la hora de ir á la quinta, no será bueno que ocupemos el tiempo en jugar?

SERAF. Por mi parte aceptado. (*Todos se acercan á la mesa y se quitan los cuchillos de monte para empezar el juego.*)

RICARD. Y el juego!... No me faltaba más que este vicio! Y en esta sala hay de todo, trofeos de diversion y objetos de muerte, magníficos floretes para duelo. (*Descolgando uno de ellos que al entrar Enriqueta no puede volver á colocar y lo deja sobre una silla.*)

ESCENA III.

Dichos y ENRIQUETA.

ENRIQ. (*Entrando.*) Sabeis, Ricardo, que sois muy galante?

RICARD. No comprendo... (*Dejando el florete.*)

ENRIQ. Durante la caza habeis pasado tres veces por delante de mi carretela, os he llamado, y en vez de responderme, habeis puesto al galope vuestro caballo.

RICARD. Perdonad: era el caballo que... sin yo querer...

ENRIQ. Oh, no! Me huiais... y bien sé yo la causa... Pero qué os he hecho?

RICARD. Vos, señorita, nada!

ENRIQ. Es una fatalidad. Todos los que frecuentaban mi casa han sufrido un cambio en sus costumbres... no hablo por vos... pero Valentina...

LUIS. (*Jugando.*) Es cierto que la señora condesa ha sido la primera en herir al ciervo?

ENRIQ. Ella? Imposible.

RICARD. He sido yo.

ENRIQ. Y os vanagloriais de ello?

RICARD. Ciertamente: hace seis semanas que me he hecho

sanguinario. Hago mal á las bestias para acostumbrarme á atormentar á los hombres. Poco á poco me voy desembarazando de lo bueno que habia en mí. Cada mañana ántes del desayuno pierdo una virtud. Yo mismo no me conozco. Adoro lo que ántes aborrecia, y aborrezco todo lo que adoraba.

ENRIQ. Estais loco?

RICARD. De qué sirve ser bueno, dócil, honrado?... De nada. Toda mi buena conducta sólo ha servido á vuestro hermano para creerme capaz de una accion villana. Pero dejemos esto. Yo estoy ya completamente cambiado: quiero hacerme un calavera de primera clase, y cuando me parezca conveniente, pediré la mano de una jóven buena y hermosa que me adorará y á la cual atormentaré de continuo. Tendré hijos á los que trataré á bastonazos... En suma, en poco tiempo quiero crearme una reputacion espantosa.

ENRIQ. Pero no os comprendo...

RICARD. Mejor.

ENRIQ. Y yo que tanto os amaba!

RICARD. Me amabais? Habeis hecho mal. Desde el momento en que vuestro hermano negó su consentimiento debiais haberme olvidado... Todavía no soy indigno de vos: lo veo... pero con paciencia todo se andará. Amigos, puedo entrar en juego? quiero jugar.

ADOLFO. No.

RICARD. Lo siento: tenia aquí dos mil reales para perder.

ESCENA IV.

Dichos, REGINA.

REGINA. Cómo! Estais aquí todos? Ha terminado la caza? Habeis por casualidad encontrado mi caballo?

ADOLFO. Vuestro caballo?

REGINA. Blanco con una mancha sobre la frente, que atiende al nombre de Bucéfalo... No sé por dónde se ha ido.

LUIS. (*Riendo.*) Esto es bueno! Habeis perdido vuestro caballo? Cómo ha sido?

REGINA. Figuraos una aventura horrorosa. Yo iba siguiendo á alguna distancia á la condesa...

LUIS. A la condesa?

REGINA. Sí, á Valentina. Yo me habia separado demasiado de ella y de la partida, cuando ví venir hácia mí unos hombres que tomé por ladrones, y que des-

pues pude ver que eran otros cazadores. Confieso que tuve miedo; me apeé y me fuí á refugiar detrás de un árbol. Cuando pasaron y volví al camino el caballo habia desaparecido.

RICARD. Y despues?

REGINA. Despues... aquí me teneis: que he tenido que venirme á pié.

RICARD. Original aventura!

REGINA. Qué cansada estoy. A propósito! Ha vuelto ya?

ADOLFO. Quién?

REGINA. Valentina.

ENRIQ. No, y esto me inquieta.

REGINA. Y á mí tambien.

LUIS. Calmaos, el parque de la señora condesa es muy seguro.

REGINA. Sí, pero cómo no ha vuelto?

LUIS. No hay que temer; habrá encontrado un protector: sabeis que el capitan Martinez no la deja un solo momento.

REGINA. (Qué decís?)

LUIS. (Es el amante más sentimental que he conocido.)

REGINA. (Silencio, no veis á la señorita Enriqueta?) *(Luis vuelve al juego.)*

ENRIQ. Qué es eso?

REGINA. Nada, nada. (Es decir que la condesa hace hablar de ella con mucha ligereza. Ah, señor conde! Qué habeis hecho? Valentina ántes tan sencilla, tan modesta, tan reservada; parece que busca todos los medios posibles para renegar de su vida pasada: cada semana nuevas diversiones, cada dia nuevos vestidos, diamantes...)

ADOLFO. Señora de Ernestal, sabeis cuándo vuelve de Lóndres el señor conde?

REGINA. Es fácil que vuelva despues de la apertura de la Exposicion.

LUIS. La Exposicion! cosa magnífica. El palacio de cristal es admirable. Me ha dejado atónito.

REGINA. Le habeis visto por ventura?

LUIS. Sí... en la Ilustracion inglesa. *(Mirando desde la ventana.)* Miradla allá al fondo de la calle de árboles... á la derecha... la condesa...

ADOLFO. Sí: y el capitan viene por la izquierda.

LUIS. Es que los extremos se tocan.

REGINA. Don Luis!

LUIS. Ya veis como la señora condesa no corria ningun peligro.

REGINA. (Imprudente!)

ESCENA V.

Dichos, VALENTINA; á poco EDUARDO.

ENRIQ. Gracias á Dios. Me tenias intranquila.
VAL. Estabas inquieta por mí?... Ya sabes que tengo ánimo... Señores!... (*Todos dejan el juego y la rodean.*)
LUIS. Salud á la heroína de la fiesta, á Diana cazadora. (*Entra Eduardo y saluda.*)
EDUARD. Diez veces, señora, hemos temblado por vuestra vida.
VAL. Porque no me conoceis. (*Se sienta.*) Ahora siento la necesidad de una caza más sangrienta. La del jabalí.
EDUARD. Qué decís, señora?
VAL. Que tengo necesidad de emociones fuertes. Quedais todos invitados.
RICARD. Pero la caza del jabalí ofrece grandes peligros.
VAL. Y bien: tanto mejor. Yo amo el peligro; todo aquello que hace latir con fuerza el corazon.
EDUARD. Señora, vuestra alegría me hace mal.
VAL. Os agradaria más que estuviese melancólica?
EDUARD. Ciertamente.
VAL. No volveré á estarlo... os lo aseguro.
REGINA. Habeis recibido carta de Lóndres?
VAL. Sí: esta mañana, á primera hora, justamente cuando iba á entrar en el carruaje. Aun no he tenido tiempo de leerla.
REGINA. Habeis contestado á las otras?
VAL. Creo que no: me disgusta tanto el escribir!...
REGINA. Valentina, por piedad. Llevais las cosas al último extremo.
VAL. Creo que no.
RICARD. (Hasta Valentina sigue mi mismo camino.)
VAL. Regina; vuestro baile de esta noche deberá estar brillante. (*Entra un criado y habla bajo á Regina.*)
REGINA. Así lo espero. Voy á dar algunas órdenes. Señores; pronto estaré de vuelta.

ESCENA VI.

Dichos, ménos REGINA.

LUIS. A las dos de la madrugada, gran cena en el estanque.
VAL. Será una cosa deliciosa. Y despues?

ADOLFO. Despues?... Creo que lo más conveniente será retirarse con Morfeo.

VAL. Ah! Vos dormís? vos? (*Sonrie.*) Quién de vosotros me acompaña al alba hasta Castillejos? Es un punto de vista bellísimo: una magnífica carrera á galope. (*Todos rien.*) Señores, el primero que se comprometa á acompañarme, bailará conmigo la primera polka; el segundo el primer walz y así sucesivamente.

EDUARD. Señora, creo que esto es demasiada fatiga y perjudicaria su salud.

VAL. (*Sonriendo.*) No os quereis inscribir?

EDUARD. Nosotros os seguiremos á todas partes.

SERAF. Hasta al infierno.

VAL. Sosegaos; no iremos tan léjos!... (*Saca una cartera y escribe.*) Don Eduardo, quedais inscrito el primero.

LUIS. Yo no seré ménos que los demas.

ADOLFO. Luis, te vuelves loco? Lo que harás será perder el tiempo, porque te caerás dos ó tres veces en el camino.

LUIS. Adolfo, eres insoportable!

RICARD. (*Se sonrie y se acerca á Valentina.*) Soy de la partida, señora.

VAL. Y vos tambien, don Adolfo.

ADOLFO. Bien sabeis que yo no bailo, no galopo, no... si fuera comer...

VAL. Es verdad.

ADOLFO. Pero os aseguro, con sentimiento, que si continuais de esta manera no vivireis un año.

VAL. Lo sé: hace seis semanas que no duermo, estoy fatigada. Hay momentos en que quiero descansar, pero no lo hago por no dar tregua á mis placeres. Antes de ayer una ópera nueva; ayer la carrera de caballos; hoy la caza; mañana otra cosa... Siempre el movimiento... (Siempre la fiebre... el delirio... siempre procurando olvidar.)

EDUARD. Vos sufrís, señora!

VAL. No: ¿qué haciais cuando yo he llegado? (*A Luis y Adolfo.*)

LUIS. Se jugaba.

VAL. A propósito, Adolfo: yo os debo una suma considerable por la pérdida de anoche... (*Dándole un guante.*) Tomad; esto vale cuatro mil reales.

ADOLFO. Señora! (*Eduardo se adelanta para tomar el guante.*)

LUIS. (Celoso!)

EDUARD. Qué decís?

LUIS. Nada. (Seria capaz de emprenderla conmigo.) (*Eduardo se dirige al fondo.*)

VAL. Dónde vais, señor capitan?
EDUARD. Teneis tantos que os acompañen!...
VAL. Hay puesto para todos.
ENRIQ. (*A Ricardo.*) En qué pensais ahora?
RICARD. Yo, señorita... pensaba...
ENRIQ. En alguna que amais.
RICARD. No, yo no creo ni en la amistad ni en el amor.
VAL. (*Al volver la cartera en el bolsillo encuentra una carta.*) Qué es esto? Ah, la carta del conde! (*Se sienta, todos se alejan y forman grupo.*)

ESCENA VII.

Dichos, REGINA.

REGINA. Os han traido de Paris el vestido que habiais encargado para esta noche, y es de un gusto sorprendente.
VAL. Dónde está?
REGINA. En mi casa.
VAL. Gracias: iré á verlo. (*Continúa leyendo y de vez en cuando hace movimientos de cabeza.*)
ENRIQ. (*A Ricardo.*) No olvideis que me habeis invitado para la primera contradanza. (*Ricardo se inclina.*)
RICARD. Es cosa nueva invitar una señora á un caballero.
ENRIQ. Desde el momento en que él se olvida...
REGINA. A propósito: sabeis lo que me han dicho? Que don Ricardo va á verificar un rapto.
ENRIQ. Un rapto?
REGINA. (*A Ricardo.*) Todo lo sé. Habeis mandado prevenir un carruaje de camino para esta noche.
RICARD. Yo!
ENRIQ. Quiere un rapto... luego me ama todavía.
RICARD. Pero si no es cierto.
REGINA. Basta: yo he oido hablar de un viaje secreto, de una marcha misteriosa, y he comprendido que no puede ser otra cosa que un rapto.
RICARD. Pero, á quién, decidme, habeis oido tal cosa?
REGINA. A vuestro criado Fermin. (*Enriqueta se aproxima á Valentina.*)
RICARD. Pues si no teneis otra prueba, habeis perdido el tiempo. Sabed que Fermin hace ocho dias que no está á mi servicio.
REGINA. Ignoraba que no estuviese ya á vuestro servicio.
RICARD. Os he dicho la verdad.
REGINA. En este caso espero me dispenseis el mal juicio que infundadamente habia formado. Pero decidme: á quién sirve ahora?

RICARD. Desde que salió de mi casa está al servicio del capitan Martinez. (*Enriqueta se aproxima.*)
REGINA. Oh, Dios mio! Silencio.
ENRIQ. Debo daros una noticia. Sabed que mi hermano debe llegar hoy.
VAL. (*Con indiferencia.*) Sí.
REGINA. Y nada nos habiais dicho.
VAL. No habia leido la carta.
REGINA. (Haga Dios que llegue á tiempo.) Y decidme, á qué hora deberá llegar?
ENRIQ. A las cinco. (*Levantándose con muestras de impaciencia.*)
REGINA. Pero si ya son las cinco y media.
VAL. Le veré mañana. Señores, os precedo. (*Vase y todos la siguen. Eduardo quiere hacer lo mismo y Regina le detiene.*)
REGINA. (Es necesario que yo averigüe lo que hay.) Señor Martinez, vuestro brazo; tengo necesidad de hablaros.
EDUARD. Señora... (*Vanse.*)

ESCENA VIII.

RICARDO, ENRIQUETA; á poco MAURICIO.

RICARD. Enriqueta, al fin hemos quedado solos... En vano he procurado ocultároslo.
ENRIQ. Y bien.
RICARD. Y bien!... Os amo más que nunca... Hace mucho tiempo que sufro... he querido variar de conducta... he querido ser el hombre más indiferente, pero no me ha sido posible.
ENRIQ. Ya lo sabia.
RICARD. Habíame propuesto no pensar más en vos y esto me hacia perder la razon: desde este momento renuncio á mi vida libre y vuelvo á ser el Ricardo de hace seis semanas; bueno, dócil, enamorado de vos cien veces más que ántes... (*Viendo á Mauricio que entra.*) Mauricio!
ENRIQ. Hermano mio! (*Corre á abrazarle.*)
MAUR. No está aquí Valentina?
ENRIQ. Ha salido en este momento.
MAUR. (*A Ricardo que hace para marcharse.*) Ricardo, huyes de mí?
RICARD. Yo... Sí... No.
MAUR. Tu mano, amigo mio.
RICARD. Pero cómo! (*Se la da.*) (Ahora me quedo.)

ENRIQ. (*Bajo á Ricardo.*) Dejadme sola con él; quiero hablarle.

ESCENA IX.

MAURICIO, ENRIQUETA.

MAUR. (Valentina ha huido porque sabia que yo estaba de vuelta.)

ENRIQ. Mauricio!

MAUR. Eres tú? Habla: qué tienes que decirme?

ENRIQ. Mauricio: hermano mio: queria decirte... (*Mauricio da señales de impaciencia.*) No te incomodes... pero es necesario que consientas... nos amamos.

MAUR. (*Sin atender á Enriqueta.*) (En seis semanas no ha contestado ni á una de mis cartas, y eso que todas han sido tan humildes, tan respetuosas!...)

ENRIQ. (No se ha incomodado.) Sí; hermano mio, yo le amo y deseo que se verifique nuestro matrimonio. (*Mauricio se levanta agitado.*) Bien, me niegas tu consentimiento?

MAUR. Enriqueta, me odias tú?

ENRIQ. Yo, hermano mio?

MAUR. Yo sufro. No lo ves, Enriqueta?

ENRIQ. Dios mio! Estás enfermo?

MAUR. Valentina durante mi ausencia no ha hecho otra cosa que divertirse!

ENRIQ. Pero...

MAUR. Lo sé: le he escrito diez veces y no he recibido ni una carta suya. Valentina no me ama ya, y por fuerza...

ENRIQ. Qué?

MAUR. Nada, nada. (Y luego se dirá que la culpa es mia.) Enriqueta, soy bien desgraciado.

ENRIQ. Si supieses cuánto sufro al verte así... Ahora voy en busca de Valentina... le diré que lloras y vendrá á consolarte.

MAUR. (*Con alegría.*) Lo crees?

ENRIQ. Lo espero.

MAUR. Enriqueta, tú no piensas más que en mí...

ENRIQ. Cómo!

MAUR. Poco há me hablabas de Ricardo.

ENRIQ. Es verdad: pero ahora no pensemos más que en tí.

MAUR. Tú le amas y será tu esposo.

ENRIQ. Gracias. Cuán bueno eres! (*Le abraza y al dirigirse á la puerta se encuentra con Valentina.*)

MAUR. Ella!

ENRIQ. Valentina!

ESCENA X.

Dichos, VALENTINA.

VAL. (Regina me ha engañado. Sabia que Mauricio estaba aquí.)
MAUR. Valentina.
VAL. (*A Enriqueta.*) Déjanos solos.
ENRIQ. Sí, sí. (No es la Valentina de otras veces.) (*Vase.*)
MAUR. Valentina...
VAL. Sois vos, Mauricio!
MAUR. Sabias que habia regresado?
VAL. (*Con frialdad.*) Sí.
MAUR. (*Con alegría.*) Y me buscabas?
VAL. (*Como ántes.*) No.
MAUR. Sabes, Valentina, que hace seis semanas que no nos hemos visto?
VAL. Precisamente mañana cumple ese tiempo.
MAUR. Tienes buena memoria. He estado en casa de tu madre y no te he encontrado. No esperaba verte aquí.
VAL. Creias que me habia encerrado en un convento? No soy yo doña María Coronel. (*Pausa.*)
MAUR. (*Con amargura.*) Qué cambiada estás!
VAL. Estoy demacrada?
MAUR. No es tu rostro el que ha cambiado, sino tu corazon.
VAL. El corazon no cambia nunca. Quien tiene más, quien tiene ménos!...
MAUR. Valentina, no me amas ya?
VAL. Qué habeis dicho?
MAUR. Te pregunto si me amas todavía.
VAL. Ja, ja!... (*Sonriendo.*)
MAUR. Valentina!...
VAL. Dejemos eso. (*Despues de una corta pausa y con indiferencia.*) Háblame de la Exposicion. Es verdad qué es cosa admirable? Que han acudido allí muchos monarcas? Has visto al príncipe de Gales?
MAUR. (*Irritado.*) Valentina!
VAL. Corria la voz de que el príncipe llevaba para el acto de la apertura, el uniforme con botones de diamantes y guarnecido de perlas. Debia estar arrogante! Quieres que volvamos al parque?
MAUR. Por qué no me amas ya?
VAL. (*Sentándose.*) Por gusto. Has hecho todo lo posible por que odiase á la humanidad, y no creo que deberé hacer una excepcion en tí.

MAUR. Valentina, eso es una máscara con que te has encubierto el rostro.

VAL. Una máscara! Pues bien, arráncamela.

MAUR. Pero qué es lo que te propones?

VAL. Nada.

MAUR. No amas cosa alguna?

VAL. Sí, los placeres.

MAUR. Valentina, te lo suplico; no hables así.

VAL. Mauricio: mi madre me habia enseñado á rezar, y tú me hiciste olvidar mis oraciones: yo creia en la felicidad del hogar doméstico, y tú llevaste á él toda clase de sinsabores: creia en la virtud de mi madre, y tú te reias de ella: creia en la amistad y en el amor, y me hiciste conocer que una y otra cosa eran mentira. Podaste el árbol de mis ilusiones, y todas sus flores se han esparcido por la tierra. Ahora no creo en nada y tú debes estar contento.

MAUR. Valentina, me destrozas el corazon.

VAL. Por qué?

MAUR. Porque te amo y...

VAL. Que me amas! Pues qué? Es cierto que se ama?

MAUR. Es necesario que partamos. Esta noche estaremos al lado de nuestra madre, de nuestra hija.

VAL. Más tarde... Ahora no puedo abandonar este sitio.

MAUR. Quieres permanecer aquí?

VAL. Sí.

MAUR. Pues bien: yo te diré el motivo que te detiene. Es el señor de Martinez. (*Con ironía.*)

VAL. Ah! me regalas un amante? Te doy las gracias.

MAUR. No, no, perdóname; no sé lo que digo. Qué quieres! Sufro, estoy celoso!

VAL. No lo creo.

MAUR. Te lo juro por lo más sagrado. Esta noche partiremos.

VAL. No.

MAUR. Partiremos, porque así lo quiero.

VAL. Invocas la ley! Luego crees en algo!

MAUR. Señora!

VAL. Cálmate. No estamos solos. Se reirán de nosotros...

ESCENA XI.

Dichos, REGINA; á poco EDUARDO.

MAUR. Esta noche hemos de partir. (*Bajo.*)

VAL. Mañana hablaremos. (*Mauricio la mira, ella perma-*

nece impasible. Mauricio saluda á Regina y se va.) Me habeis tendido un lazo.

REGINA. Sí, es verdad, os he hecho venir aquí, porque queria que os encontraseis con vuestro esposo.

VAL. Sois muy original!... Ha sido una bella idea.

REGINA. Ahora no se trata de Mauricio, sino de don Eduardo.

VAL. De don Eduardo?

REGINA. Yo sabia que habia pedido una silla de posta para esta noche, y creia...

VAL. Que quisiera robarme?

REGINA. Sí; le he preguntado, él niega, y sin embargo os busca.

VAL. Y me encontrará.

REGINA. Pero es necesario que no os encuentre. Valentina, ya es tiempo de poner fin á esta comedia.

VAL. Una comedia? Cuál?

REGINA. Bah! Habeis manifestado esta indiferencia para poner á prueba á Mauricio: ha sido una broma.

VAL. (*Tomándole la mano.*) Mirad mi rostro! Tengo aire de bromear?

REGINA. Dios mio! Pero vuestro marido...

VAL. Mi marido! No puedo vivir con él: creeria estar perdida...

REGINA. Callad, Valentina.

VAL. (*Como fuera de sí.*) No: no quiero empezar de nuevo la vida que me ha hecho sufrir diez y ocho meses... buscaré un refugio, dónde... no lo sé: pero no importa... Ah! don Eduardo!

REGINA. Él!

EDUARD. (*A Valentina.*) Señora, necesito hablaros.

REGINA. El señor conde estaba aquí hace pocos momentos, si volviese...

EDUARD. No vuelve; le he visto alejarse.

VAL. Y si volviese?...

EDUARD. No puedo disponer más que de un minuto; en nombre del cielo, dejadme. (*A Regina.*)

REGINA. Pero este minuto puede perderla. (*Se retira al foro.*)

EDUARD. Señora, hasta este momento he callado, pero como ha regresado vuestro esposo debo hablaros; Valentina, yo no puedo vivir con el cruel pensamiento de que aquel hombre llene de amargura vuestra vida. Creeis que yo no lo he adivinado todo? Yo sé lo que el señor conde hará de vos; en adelante no sereis lo que habeis sido hasta aquí. Valentina, yo parto, y vos debeis hacer lo mismo.

VAL. Cómo!

EDUARD. Debeis buscar un refugio al lado de vuestra madre, cerca de vuestra hija.

VAL. Un refugio, decís?

EDUARD. Sí, un refugio contra ese hombre que os ha lanzado en un abismo del que debeis salir á toda costa.

VAL. Caballero!

EDUARD. Haced lo que os digo y os salvareis. Y si me es prohibido amaros, que pueda al ménos respetaros y hacer que todos os respeten.

VAL. (*Conmovida.*) Señor de Martinez!...

EDUARD. Todo está pronto para mi marcha. Partireis vos? Si así lo decidís concededme una gracia, una sola, la postrera: permitidme que os acompañe, que os conduzca al lado de vuestra madre: allí sereis respetada.

VAL. Qué me pedís?

EDUARD. Tened confianza en mí. No me negueis esta gracia: es un hermano el que os la pide.

VAL. (*Dándole la mano.*) Amigo mio!

EDUARD. Gracias, gracias! salvaos del precipicio...

VAL. Pero yo no os he dicho... es imposible.

EDUARD. Valentina! por qué?...

REGINA. Caballero!... Valentina... no estoy cierta, pero creo haber visto que se acerca...

VAL. Ah!

EDUARD. Señora!

REGINA. Es Mauricio. Don Eduardo, si la respetais, dejadla que parta.

EDUARD. (*A Valentina.*) Pero hareis cuanto os he dicho? pensad en vos, lo hareis?...

VAL. Tal vez! (*Vase.*)

REGINA. (*Viendo á Mauricio.*) Era tiempo!

ESCENA XII.

REGINA, EDUARDO, MAURICIO.

MAUR. Estorbo tal vez?

REGINA. De ningun modo.

MAUR. Confieso que soy imprudente; pero buscaba á Valentina.

REGINA. (Respiro.) No está aquí, pero iré...

MAUR. No la molesteis... os lo ruego.

REGINA. Es preciso. Es la hora de ir á la mesa. Señores, no venís?

MAUR. (*Sonriendo.*) Perdonad, tengo que hablar con el señor de Martinez... un encargo que me han hecho en Lóndres.

REGINA. Eso es otra cosa; os aguardaremos.

ESCENA XIII.

Dichos, ménos REGINA.

MAUR. *(Con furor reconcentrado.)* Todo lo he escuchado.
EDUARD. Y qué?
MAUR. Que sois un infame.
EDUARD. *(Con calma.)* Señor conde, ó habeis perdido la razon, ó de lo contrario habeis mentido al suponer...
MAUR. Os repito que lo he escuchado todo; habeis ofrecido á la condesa conducirla á casa de su madre.
EDUARD. Es cierto.
MAUR. En vuestro carruaje!
EDUARD. Tambien lo es.
MAUR. Parece que no quereis esperar á mañana para deshonrarme...
EDUARD. Os acordais, señor conde, la noche en que os dije que defenderia á vuestra esposa, hasta de vos mismo? Pues bien: insultais á la condesa y sois un miserable.
MAUR. Ah! vais á morir. *(Mauricio se precipita á tomar un cuchillo de monte que hay sobre el velador y con él en la mano se lanza desesperado á herir á Eduardo: este al verse acometido coge un florete que tiene á su derecha como para poder defenderse de la agresion, pero Mauricio, ciego de cólera, no ve el florete de Eduardo y se lo clava en el pecho. Este florete es el que dejó sin colgar en la segunda escena Ricardo, y que habia dejado sobre una silla de la derecha.)*
EDUARD. Qué vais á hacer? deteneos.
MAUR. Ah! *(Se siente herido.)*
EDUARD. Os habeis herido!
MAUR. Oh! sí...
EDUARD. Esperad...
MAUR. Ah! no puedo más. *(Hace por levantarse, pero faltándole las fuerzas va á caer, y Eduardo le sostiene y le sienta.)*
EDUARD. Vuelvo al instante. *(Va á salir.)*
MAUR. Dónde vais?
EDUARD. A pedir socorro.
MAUR. No; es inútil.
EDUARD. Es indispensable...
MAUR. Vais á buscarla, para huir con ella.
EDUARD. Oh, callad... Estais herido y puede ser de gravedad. Cada minuto que pasa aumenta el peligro.
MAUR. No, no.

EDUARD. Os juro que vuelvo en seguida.

MAUR. No lo creo.

EDUARD. Bajo mi palabra de hònor.

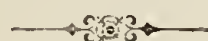
MAUR. Repito que no lo creo.

EDUARD. Siempre la duda! Yo no puedo dejaros morir. (*Vase.*)

MAUR. (*Casi en delirio.*) Deteneos... deteneos... siento... solo... solo... (*Se oye el ruido de un carruaje.*) huyen juntos... ah! yo los alcanzaré... A mí alguno!... Valentina!... Dios mio!... Dios mio!... Se marchan!... Valentina... esposa mia... Ya te he perdido! (*Cae desmayado en el momento que entra precipitadamente Eduardo con Adolfo, Luis, Serafin y criados. Todos acuden á socorrerlo.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.



La misma decoracion del acto primero. El velador que en aquel estaba al lado derecho, aparecerá al izquierdo entre el piano y el sofá; sobre él una taza con cuchara de plata, y una redomita de cristal.

ESCENA PRIMERA.

Un CRIADO, MAURICIO, REGINA.

CRIADO. La señora de Ernestal.

REGINA. (*Entrando.*) Celebro encontraros, señor conde, ya casi restablecido.

MAUR. Me felicito de tan buena visita. y os doy las gracias por tanto interés... la herida felizmente fue leve.

REGINA. Y cómo está Valentina? Se ha repetido el delirio?

MAUR. Está de la misma manera. Qué quereis! La vida agitada, la continuacion de los placeres, han producido el efecto que era de esperar. La naturaleza no es de hierro, y ménos la de la mujer.

REGINA. Permitidme, señor conde, que me tome la libertad de preguntaros si vuestra conciencia no os acusa como culpable del estado en que se encuentra vuestra esposa.

MAUR. Señora!

REGINA. Tengo necesidad de hablaros: he de referiros una aventura que os toca muy de cerca.

MAUR. Me asustais!

REGINA. Mejor: pero decidme: estamos solos? Nadie puede oirnos?

MAUR. Podeis hablar sin temor. La señora de Roldan está al lado de su hija. Creo que nadie vendrá á interrumpir vuestro relato.

REGINA. Pues bien, empiezo. Recordais una noche en la que nos hallábamos reunidos en esta misma

sala?... Aun Valentina no tenia el honor de ser vuestra esposa...

MAUR. El tono con que me decís eso...

REGINA. Es un simple detalle. Aquella noche, interrogando á mi memoria, que por desgracia no me es muy fiel, consultando mi pasado, creí haber adivinado el secreto de vuestra extraña filosofía, de vuestro escepticismo, si os parece mejor.

MAUR. Pero no sé...

REGINA. Poco tiempo ántes, me habian contado una aventura sentimental, en la cual fuisteis vos el héroe. Al ver una lágrima que se desprendia de vuestros ojos miéntras yo leia aquella romanza, que tanto conoceis, no me quedó ya la menor duda. Por entónces callé; pero un dia, segun me dijisteis, el mismo en que ofrecisteis un banquete á vuestros amigos en ausencia de Valentina, que ya era vuestra esposa, fuisteis á mi casa por invitacion mia, y en la breve conferencia que tuvimos, os demostré que Valentina era un ángel y que obrabais injustamente al tratarla del modo que lo haciais. La causa no me era desconocida, y sin embargo no os la manifesté.

MAUR. Señora, creo que...

REGINA. Perdonad, señor conde: son ya muy pocas las palabras que debo dirigiros.

MAUR. Continuad.

REGINA. Aquí empieza mi breve aventura. La noche última la he pasado á la cabecera de una moribunda. Debo deciros que pertenezco á la Asociacion de damas de la Caridad. Ayer mi coche se paraba á la puerta de una casa de miserable aspecto, donde debia visitar á una enferma, en favor de la cual se habian impetrado los auxilios de la asociacion. Habitaba en una pobre guardilla. No os describiré el triste aspecto que presentaba la habitacion, pero sí os diré que aquella infeliz mujer estaba próxima á pasar á la eternidad. Quise prestarle socorro, pero era tarde. Su debilidad era extraordinaria... Y... sabeis cómo se llamaba aquella mujer?

MAUR. Yo... no...

REGINA. Os lo diré. Se llamaba Julia de Campoamor.

MAUR. Julia!... Y cómo sabeis!...

REGINA. En su delirio vuestro nombre se escapaba de sus labios... y un santo arrepentimiento de su ingratitud para con vos, salia de ellos con su último suspiro. Al amanecer espiraba en mis brazos.

MAUR. Acabad.

REGINA. Hé aquí lo que vengo á deciros, Mauricio! La ingratitud de aquella mujer fue la causa de que cambiase vuestro corazon y de que perdieseis vuestros nobles y bellos sentimientos. Ahora bien: Julia ya no existe, ha expiado su falta!... Teneis una esposa que es un ángel, y cuya razon casi se ha perdido á causa de vuestros malos tratamientos. Habeis vengado en ella la infidelidad de otra mujer.

MAUR. Regina!

REGINA. Sí; habeis destruido todas las bellas ilusiones de Valentina bajo el pretexto de que habeis perdido las vuestras. Y bien: ahora que la habeis hecho desventurada, sois más feliz? Creedlo; el hombre que muestra á su mujer la vida tal como él la ve, ó si quereis, como es en realidad, aquel hombre ha perdido la razon ó es un malvado: las más veces sucede lo primero, porque el dia en que aquella mujer llega á preguntarse á sí misma:— Esta es la vida? No hay más felicidad que los placeres, el lujo, las diversiones, el ver nacer en pos de una los celos y los deseos? Desde aquel dia esta mujer se pierde y el marido es engañado. A vos, Mauricio, os engañó una mujer. Y por esto no habeis de creer en la fidelidad? Podeis gloriaros de tal procedimiento. Vuestra sociedad conyugal ha sido una verdadera vida color de rosa. (*Con ironía.*)

MAUR. Si no lo ha sido hasta el presente, lo será en adelante: os agradezco en el alma el interés que os tomais por Valentina y por mí, y sois merecedora de que os hable con el corazon en la mano. (*Mira hácia dentro por ver si pueden escucharle.*) Sabed, pues, que al penetrar de nuevo en esta casa ha dado al olvido todo mi pasado, para trasformarme en un nuevo hombre. Nada os puedo ocultar, puesto que todo lo sabeis. Destrozado mi corazon por la infidelidad de Julia, se habia interesado en abrirse paso por una mala via. El recuerdo de la conducta de aquella mujer, con la que habia prodigado mi amor y mis riquezas, formó un valladar á los buenos sentimientos que siempre me habian acompañado, y no quise creer más ni en la amistad, ni en el amor... ni en nada: caí en el escepticismo más completo.

REGINA. Y Dios ha tocado á vuestro corazon! Oh! Valentina se salvará, sí, se salvará, estoy segura. Continuad.

MAUR. He sido muy criminal! Cuando yo pedí la mano de Valentina, no lo hice por amor. Mi corazon estaba muerto, como muerta estaba mi fe. Ella tipo de sensibilidad, modelo de virtudes, retrataba

en su rostro la inocencia de su alma. A sus dotes de prendas morales, reunia el conjunto de sus encantos naturales. Yo me uní á ella, como podia haberlo hecho con otra, y con mis dudas, con mí escepticismo, he sido para ella en vez de un buen compañero, de un esposo amante, un verdugo. Creeis, Regina, que aun podré reparar el mal que la he causado? Creeis que mis remordimientos, mis lágrimas, serán suficientes á redimir mi pasado y á volverme el amor de mi esposa?

REGINA. Sí, Mauricio, nunca es tarde para entrar en el buen camino, y cuando Dios, ese buen Dios del que tantas veces habeis renegado, ha abierto los ojos de vuestra alma, es porque quiere que Valentina se salve, y que vos seais redimido.

MAUR. Lo esperais así?

REGINA. Lo espero.

MAUR. Bendito sea Dios! (*Se levanta disponiéndose á marchar.*)

REGINA. No olvideis los buenos propósitos que habeis hecho, y salvad á ese ángel, cuyo corazon ha quedado insensible á causa de sus amarguras.

MAUR. A Dios, amiga mia; que el cielo os pague el consuelo que acabais de derramar en mi corazon.

REGINA. Hasta despues.

ESCENA II.

MAURICIO.

(*Se sienta abatido y guarda un momento de silencio.*) Necio de mí! Por qué dí abrigo en mi mente á estas ideas materialistas que robaban la paz de mi corazon?... El capitan es un noble amigo, y Valentina un ángel de virtudes... Oh! sí, Dios fue quien hizo que yo mismo me hiriese para evitarme un vil asesinato. Creia que en el mundo no existia la amistad ni el amor, y que el egoismo tenia el dominio de la sociedad! Y sin embargo, veia cada dia huérfanos amparados por el *amor;* desgraciados envueltos por el blanco manto de la *caridad;* personas nobles, sacrificándose en favor de los menesterosos. No hay amistad, me decia; y por ella, Regina con sus consejos ha abierto los ojos de mi alma. Qué vínculos la ligaban con Julia? Ninguno: y sin embargo ha recogido sus últimos suspiros! Ve sufrir á Valentina y se interesa por ella cual si fuese una hermana. Sí; existe la *amis-*

tad y existe el *amor*. Ese ángel, al que yo he atormentado, ha perdido hasta la sensibilidad por amarme... á mí, que he sido un miserable! Oh! salvadla, Dios mio! salvadla y que pueda yo gozar á su lado las delicias de la paz doméstica, que hasta ahora no he sabido disfrutar. (*Se va por la derecha con pasos reposados y enjugándose las lágrimas.*)

ESCENA III.

Señora ROLDAN, ADELA.

ADELA. Aun parece que duerme.

ROLDAN. Duerme!

ADELA. Pero cuán grande es su palidez! Decidme, señora, estais cierta de no haber puesto en aquella taza de tila más que dos gotas del licor que ha ordenado el doctor para adormecerla?

ROLDAN. Sin duda: querias que yo matase á mi hija?

ADELA. Señora!

ROLDAN. Duerme tranquilamente.

ADELA. Decidme, señora, vos que habeis hablado detenidamente con el doctor, cuál es su enfermedad?

ROLDAN. Ay Adela! Una enfermedad para la cual son inútiles todos los recursos de la ciencia! Mi pobre Valentina hace un mes que sufre horriblemente y ha ocultado su dolor, ha sofocado sus lágrimas que se han reconcentrado sobre su corazon... Dios mio! si ella pudiese llorar!

ADELA. Cómo! si llorase?...

ROLDAN. Se salvaria.

ADELA. Y si no puede llorar, habrá de morir?

ROLDAN. No digo eso, pero...

ADELA. Es una cosa horrible. Desde aquella noche en la que el señor conde...

ROLDAN. Baja la voz.

ADELA. Desde aquella noche está desconocida. No habla, no vierte una lágrima, no exhala un suspiro: siempre tiene en los labios aquella sonrisa que hace morir de espanto. Cuando don Ricardo y la señorita Enriqueta están á su lado, hacen todo lo posible por distraerla, la una con sus dulces palabras, el otro con su natural alegría, pero todo es en vano; y vos misma, señora...

ROLDAN. Yo tengo ménos poder que los demas.

ADELA. Buscad un medio para hacerla llorar. Ah! aquí viene. Pobre señora! (*Vase.*)

ESCENA IV.

Señora ROLDAN, VALENTINA.

ROLDAN. (*Mirando hácia dentro.*) Pobre hija mia! Qué profunda es la huella que el dolor ha impreso en su semblante! Oh, Mauricio! Yo te entregué una jóven hermosa, llena de vida, y tú me has devuelto un cadáver. (*Valentina entra muy lentamente y se deja caer en el sofá.*) Valentina, hija mia!

VAL. (*Suspirando.*) Hablad, madre mia: ya os escucho.

ROLDAN. Es necesario, hija mia, olvidar todo lo que es triste y malo en este mundo: es necesario que creas en Dios, en tu hija, en tu madre. (*Valentina baja la cabeza.*) No nos amas ya?

VAL. Si... (*Con indiferencia.*)

ROLDAN. Cuán feliz era cuando te mecia niña. Tú tambien tienes una criatura que adormecer sobre tus rodillas, un tierno angelito que te amará tanto!

VAL. (*Sonriendo.*) Por fuerza! (*La señora Roldan hace un movimiento de resignacion.*) Qué hora es, madre mia?... Qué larga es la vida!

ROLDAN. Valentina, es malo...

VAL. Querer morir? Yo no sé si es bueno ó es malo.

ROLDAN. El bien consiste en creer, en esperar! Tú debes consagrarte á la educacion de tu hija. Tus pasadas desventuras te servirán de norma para tu felicidad futura. Y cuando te hayas de separar de ella, la darás por mujer á un hombre pobre, si es necesario, pero que la amará como merece y debe ser amada...

VAL. (*Con indiferencia.*) Sí.

ROLDAN. No te lo habia dicho. Mauricio ha vuelto, ha estado á tu lado cuando dormias.

VAL. (*Como ántes.*) Ha vuelto?

ROLDAN. Sí, y ha llorado al ver el estado en que te encuentras.

VAL. (*Id.*) Es extraño!

ROLDAN. Por esto abrigo la esperanza de que podais aun ser felices.

VAL. Es tarde!

ROLDAN. (*Tomándole una mano.*) Tu mano abrasa! Tú sufres mucho!

VAL. No... (*Sonriendo.*) Tengo sed.

ROLDAN. Espera. (*Toma la taza de tila y se la da.*)

VAL. (*Indicando la redomita.*) Y no poneis de aquel licor?

ROLDAN. Quieres dormir más?

VAL. (*A sí misma.*) Que si quiero dormir más?
ROLDAN. Qué dices, hija mia?
VAL. Nada.
ROLDAN. Valentina, *tú no puedes vivir así.* Desde el dia de tu vuelta á esta casa he procurado evitar el recordarte ciertos acontecimientos, que veo no olvidas ni un solo momento. Es preciso no pensar más en ellos. Mauricio, que ha tenido precision de salir, estará pronto á tu lado. Él, cuyo corazon se ha trocado completamente, te consolará.
VAL. Yo no amo ya á Mauricio: no amo nada... nada! (*Bajando la voz.*) Perdonadme, madre mia, pero no tengo yo la culpa. Ignoro dónde he dejado el corazon... no lo siento latir... para mí no existe el porvenir! el pasado ha muerto, el presente... Qué os diré? ya no siento si tengo vida; la sangre parece que no circula ya por mis venas; mi pensamiento está inerte... casi no sufro nada.
ROLDAN. Dios mio! Dios mio! (*La echa los brazos al cuello.*)

ESCENA V.

Dichos y ADELA.

ADELA. Don Ricardo y la señora de Ernestal desean veros.
ROLDAN. Quieres recibirlos?
VAL. Me es indiferente. (*A una señal de la señora Roldan vase Adela.*)
ROLDAN. (*Fingiendo alegría.*) Don Ricardo y Enriqueta fueron juntas á ver á tu hija y te traerán noticias de Luisa.
VAL. (*Con indiferencia.*) Sí... bien...
ROLDAN. Nada! Nada!

ESCENA VI.

Dichos, RICARDO, ENRIQUETA y REGINA.

REGINA. Señora... Buenos dias, Valentina.
VAL. Buenos dias.
RICARD. Y bien, no me das el beso?
VAL. Sí.
ENRIQ. A Dios, señora.
REGINA. (*Bajo á la señora Roldan.*) Hace poco ví aquí al señor conde, que no solamente está curado de su herida, sino de su carácter y conducta. Está muy cambiado y sólo tiene un nombre en los labios (*Indicando*

á Valentina,) el suyo: ha jurado curarla y salvarla. (*Viendo que Valentina la mira.*) Quieres estas flores? todas son de mi jardin; valen poco, pero son bellas. (*Se las da.*)

VAL. Gracias. (*Las coloca á su lado en el sofá sin haberlas mirado.*)

RICARD. Tambien tengo yo un regalo que haceros, y que estoy cierto lo estimareis en mucho. Un mechoncito de cabellos rubios; miradlos. (*Mostrándolos.*) Yo mismo los he cortado ayer de la preciosa cabeza de vuestra hija, de Luisa...

REGINA. Cabellos á los seis meses! La señorita Luisa empieza bien pronto á regalar á sus enamorados. (*Todos rien por hacer reir á Valentina que permanece en la misma actitud teniendo maquinalmente los cabellos en la mano.*) No parecen seda?

RICARD. Con el tiempo se volverán oscuros. Tal como me veis, cuando yo era niño tenia todo el cabello rubio.

VAL. (*A su madre.*) Guardarlos en cualquier parte.

RICARD. (*A Regina.*) Vendreis en busca de la niña?

REGINA. Ciertamente.

ENRIQ. Es tan bella! Está tan mona!

REGINA. Mi buena convaleciente: es necesario que tomeis parte en nuestro complot: vamos á hacer que enganchen los caballos á vuestro carruaje, y vamos á dar un paseo hasta Carabanchel. Quereis venir?

VAL. No.

REGINA. Este paseo os sentará bien: el dia convida á ello.

VAL. Es muy léjos.

RICARD. Muy léjos! Os parece? No, son tres cuartos de legua. Cuatro pasos, y con dos buenos caballos, apénas habremos partido cuando ya estaremos de vuelta.

ROLDAN. Quieres que haga traer tu capota?

VAL. No.

REGINA. Un paseo tan delicioso!

RICARD. Con un sol que encanta.

ROLDAN. Vé, hija mia, que te será conveniente. (*Valentina ni le presta atencion ni se mueve.*)

RICARD. Os distraereis. Por un lado el Manzanares, por otro la campiña. Una alfombra de yerba bajo los piés, y un cielo hermoso sobre la cabeza. Ah! Si me hubieseis visto con la señorita Enriqueta del brazo, porque ahora ya puedo, es una formal promesa, encontrando á cada paso campesinas descalzas y desnuda la cabeza, perros, ovejas, caballerías, todos cubiertos del polvo que levantaba nuestro carruaje. Era una cosa deliciosa: cuando cansados de andar, entrábamos nuevamente en el coche, y contemplábamos aquellas personas.

aquellas flores, aquel sol, teníamos los dos el mismo pensamiento, esto es, que es una cosa hermosa el vivir, el creer, el amar. (*Hace algunos instantes que Valentina tiene fija la vista en la mesa donde está la redomita.*)

ENRIQ. Qué miras?

VAL. (*Apartando la vista.*) Nada.

RICARD. En qué pensabais?

VAL. Pensaba... cuán bueno es el dormir.

RICARD. (Pobre señora, tiene sueño. Hé aquí el efecto que produce mi charla.)

ROLDAN. Apénas atiende.

REGINA. (Pobre Valentina! Reducirse á ese estado por un hombre. Qué locura!)

ENRIQ. Y bien, no te decides?

VAL. Por última vez, no.

RICARD. Deseais que permanezcamos aquí para acompañaros?

VAL. No.

REGINA. En este caso nos iremos.

VAL. Sí.

RICARD. A Dios, pues, condesa. (*Valentina no responde.*) Señora Roldan... (*Dando el brazo á Enriqueta: vanse.*)

ROLDAN. Quieres que me vaya yo tambien?

VAL. Sí; bien...

ROLDAN. Mala! Pero no por mucho tiempo, es verdad?

VAL. (*Con sonrisa extraña.*) No por mucho tiempo.

ROLDAN. Por qué me miras así?

VAL. Dejadme, estoy tranquila!

ROLDAN. A Dios! (*Al salir ve á Mauricio y se hacen señas de inteligencia.*) A Dios!

ESCENA VII.

VALENTINA, MAURICIO; despues la señora ROLDAN.

VAL. *Tú no puedes vivir así más tiempo*, me decia mi madre: esto mismo digo yo. (*Se levanta con trabajo, toma la redomita y vierte su contenido en la taza. Mauricio que se ha acercado lentamente, en el momento en que Valentina acerca la taza á sus labios le detiene el brazo y se la quita.*) Vos! vos!

MAUR. (*Tomándole la mano.*) Querias, pues, morir?

VAL. (*Retirando la mano.*) Sí.

MAUR. Pero no comprendes que eso es un delito, una vileza!

VAL. Viles son los que lo han dicho.

MAUR. Valentina, tú blasfemas!

VAL. Lo he aprendido de vos.

MAUR. Es verdad: pero yo detesto mi pasado y te pido perdon.

VAL. Perdon! Y para qué serviria!... Es demasiado tarde.

MAUR. No: aun puedo salvarte: tú me perdonarás, porque yo te amaré mucho... mucho.

VAL. Y para qué? Si yo ya no os amo.

MAUR. Pobre alma destrozada! Tú te vengas ahora, y tienes razon, porque te he causado mucho mal; hazme sufrir á tu vez, detéstame... mas deja que yo te ame.

VAL. (*Siempre con indiferencia.*) Estais hoy loco!

MAUR. No, Valentina: pero no puedo resistir el oirte decir que no me amas, que no crees nada. Esto es imposible!

VAL. Por qué?

MAUR. Si tu amor de otro tiempo hácia mí se ha convertido en odio, no puedo ménos de reconocer que no otra cosa ha merecido mi conducta; pero tú no puedes olvidarte de tu madre, de tu hija. No conoces que si mueres, una pobre madre quedará sin hija, y una niña inocente, un ángel, quedará sin madre que mire por su porvenir? Valentina... vuelve en tí... aun puedes ser feliz.

VAL. Feliz!... A qué llamais ser feliz? La felicidad es la fe, y yo no creo ya nada; la felicidad es la esperanza, y yo nada espero; la felicidad es el amor, y yo no amo ya nada.

MAUR. Dios mio! Dios mio!

VAL. Por qué invocais á Dios, vos, que habeis renegado de él? Y ahora que me habeis hecho odiosa la vida, por qué quereis impedirme morir?

MAUR. Oh, no hables de esa manera, te lo suplico, en nombre de lo que más hayas amado en el mundo, en nombre de nuestra hija. (*Valentina se sonrie irónicamente.*) Oh! siempre la misma sonrisa! Valentina, yo sufro, lloro! Llora tú conmigo. Esto te hará bien; las lágrimas son desahogos del corazon. Llora, y no permanezcas así como una estátua, fria, inanimada... no me mires con esos ojos extraviados, con esa calma espantosa. Valentina, no me oyes? (*La señora Roldan aparece en la puerta.*)

VAL. Sí! Me hablais de llorar! Oh! yo lo quisiera, pero sabed que no puedo! Una estátua!... Sí, es posible, porque yo nada siento, y mirad una cosa singular, vuestra voz, la memoria de mi madre, el pensamiento de mi hija, todo en suma me es indiferente. (*Llevando la mano, primero á la cabeza, luego en el corazon.*) No... nada. . nada!

MAUR. Tú, pues, no amas ya cosa alguna en la tierra?
VAL. No.
MAUR. Estás bien cierta, Valentina?
VAL. Sí.
MAUR. Pues bien, que el cielo sea bendito.
VAL. Por qué?... (*Valentina le mira con estupor.*)
MAUR. Sí, porque la noticia que debo darte no te matará.
VAL. Una noticia! Cuál?
MAUR. Valentina... tu hija ha muerto!
VAL. Mi hija! Habeis dicho que mi hija ha muerto? (*Tomándole la mano.*) Oh! pero esto no puede ser verdad! (*Momento de silencio.*) Mi hija!... Luisa! Luisa! (*Empieza á sollozar y despues da un grito.*) Oh! Dios mio! Dios mio! Ya no tengo hija!
ROLDAN. Valentina!
VAL. (*Se arroja llorando á los brazos de su madre.*) Madre mia! Ya no tengo hija. Mi Luisa ha muerto! Luisa de mi alma! Luisa de mi vida...
MAUR. Valentina mia... (*Cayendo de rodillas.*) Las lágrimas tan sólo podian salvarte y yo te he hecho llorar; he mentido.
VAL. Habeis mentido? Mi hija vive? Vive mi Luisa?
ROLDAN. Sí, Valentina, tu hija vive.
MAUR. Perdon, esposa mia, por las lágrimas que te he hecho verter! por la memoria de nuestra hija...
VAL. (*Como fuera de sí de alegría.*) Mi hija vive! Vivamos para ella. Mauricio, yo te amo, y te perdono.
MAUR. (*Abrazándola.*) Angel mio!

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, RICARDO, REGINA, ENRIQUETA y ADELA.

VAL. (*Viéndoles entrar.*) Ah! Ricardo, Enriqueta, y mi hija?
ENRIQ. Acabo de verla y dentro de poco estará en tus brazos.
RICARD. Le apunta un diente. Está tan hermosa!
VAL. Ah! No me habian engañado... Mauricio... madre mia... amigos... (*La alegría le impide hablar, cae desvanecida sobre una butaca y todos la rodean.*)
ROLDAN. Se ha salvado!
MAUR. Sí; se ha salvado, y yo estoy redimido... Oh! sí, existe la virtud.

FIN DEL DRAMA.